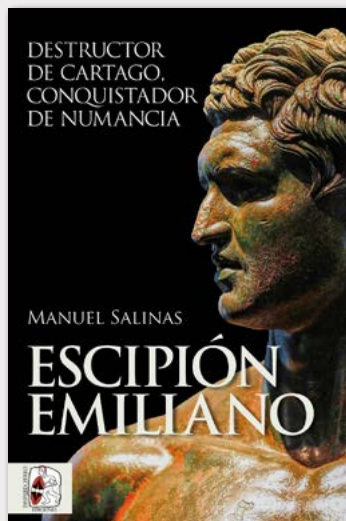


Primer hombre de Roma, destructor de Cartago, vencedor de Numancia

Una biografía apasionante que a través de la extraordinaria figura de Escipión Emiliano nos traslada al siglo II a. C., un periodo de enormes transformaciones en el que Roma se alzaba como dueña indiscutible del Mediterráneo al tiempo que la violencia política comenzaba a adueñarse de la república.



**Escipión Emiliano.
Destructor de Cartago,
conquistador de Numancia**
978-84-128157-7-1
360 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Cartago, Numancia. Dos ciudades, dos nombres, que despertaban pesadillas en los romanos del siglo II a. C., recordando los aciagos días en que Aníbal puso contra las cuerdas a sus abuelos y el rosario de derrotas que los celtíberos habían infligido a las legiones en Hispania. Fue Publio Cornelio Escipión Emiliano quien, de una vez por todas, exorcizó esos miedos. Cartago fue arrasada hasta los cimientos, después de un atroz asedio, y Numancia claudicó, su orgullo doblegado ante la tenacidad implacable de un hombre decidido a hacer honor a su estirpe. Porque Escipión Emiliano perteneció a la más laureada aristocracia romana, hijo del Emilio Paulo que conquistó Macedonia y nieto por adopción del primer Africano, el vencedor de Zama. Escipión Emiliano estuvo a su altura, siendo dos veces cónsul y censor, y ganando en el campo de batalla los dos apodos por los que pasó a la posteridad: Africano y Numantino.

Este libro de Manuel Salinas de Frías, catedrático de la Universidad de Salamanca, supone la primera biografía en español de una de las figuras más decisivas de la República romana, en un momento de profundos cambios políticos, sociales, culturales y territoriales. La Roma que Escipión Emiliano dejó al morir era mucho más poderosa y extensa que la que le vio nacer, ama y señora del mundo conocido, en buena medida por sus acciones. Su apasionante vida permite, además, acercarnos a los problemas a los que la República tuvo que hacer frente en las décadas centrales del siglo II a. C., un régimen que se debatía entre la práctica política tradicional y los nuevos aires que llegaban del mundo helenístico. Ni su prematura muerte, en extrañas circunstancias, ni su enfrentamiento con la plebe a cuenta de la ley agraria de su primo Tiberio Graco, lastraron el glorioso legado del destructor de Cartago y conquistador de Numancia, al que podemos hoy saludar como al primero de los romanos de su tiempo.



Manuel Salinas es catedrático jubilado de Historia Antigua en la Universidad de Salamanca, se ha especializado en la península ibérica y la Roma antigua, especialmente en la República romana. Es autor de obras como *Conquista y romanización de Celtiberia* (1986) y *Los pueblos de la península Ibérica antes de Roma* (2018). Fue coautor del *Atlas antroponímico de la Lusitania romana* (2003) y miembro fundador del Grupo Mérida. También dirigió la revista *Studia Historica. Historia Antigua* y participó en comités científicos nacionales e internacionales.

En librerías el miércoles 29 de enero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

La primera biografía en español de **uno de los personajes más importantes de la historia de Roma**, que venció a los dos mayores enemigos de la República: Cartago y Numancia.

Una **visión global del Mediterráneo** en el siglo II a. C. con sus diversos actores, y de la **expansión imperial de la República romana** frente a los principales Estados de la época (Cartago, Macedonia, Siria, Egipto y las ligas de las ciudades griegas).

Un **estudio de Historia total** en el que se explican las conexiones entre los fenómenos políticos, militares, económicos, sociales e ideológicos de la expansión romana en el Mediterráneo.

Un **análisis detallado de las operaciones militares** y una descripción vívida de la dureza de los combates, completado todo ello con una **cuidadosa representación cartográfica**.

Un **estudio de la relación entre individuo y sociedad** y de los problemas que llevaron a la crisis de la República romana.

Una **reflexión acerca de las posibilidades, el avance y las limitaciones** de la helenización de Roma en el momento en que conquistó el Oriente helenístico.



DOSIER DE PRENSA

¿SABÍAS QUE...?

Escipión Emiliano es **un personaje excepcional en la Historia de Roma**, tanto desde el punto de vista militar como político. Destruyó a los dos principales enemigos con lo que se enfrentó la República romana: Cartago y Numancia, y en ambos casos fue elegido para el consulado de manera extraordinaria: antes de tener la edad reglamentaria y sin haber desempeñado las magistraturas previas. En ambos casos la asamblea popular decidió dejar las leyes en suspenso para que se pudiese realizar su elección.

Cuando destruyó Cartago, al ver arder la ciudad que antes había sido tan poderosa y floreciente, Escipión lloró y lamentó públicamente la muerte de sus enemigos. Y al reflexionar sobre la **inevitable caída de las ciudades**, pueblos e imperios, citó unos versos de Homero lamentando la caída de Troya. Y cuando le preguntaron por el significado de estas palabras dijo que naturalmente tenía miedo por el destino de Roma, ahora grande, al comprobar la mutabilidad de las cosas humanas.

Durante la guerra de Numancia, logró poner en fuga a los numantinos, que siempre habían sido vencedores. Cuando los ancianos reprocharon a estos que huyeran de los romanos, uno de los numantinos dijo que ahora **el ganado era el mismo, pero otro el pastor**.

El éxito militar de Escipión se debía sobre todo a una **cuidadosa planificación logística y estratégica, mezclada con un arrojo y un valor extraordinarios**. De lo primero son ejemplos los sitios de Cartago y de Numancia. De lo segundo, que cuando tomó parte en la batalla de Pidna a las órdenes de su padre, Emilio Paulo, persiguió a los macedonios con tal empeño que se perdió del ejército y hasta por la noche creyeron que había muerto. También, durante la guerra contra Cartago, como un destacamento romano quedase bloqueado y en extremo peligro y se deliberara qué hacer, él dijo que la deliberación era necesaria al comienzo de una empresa, pero que cuando corrían peligro tantos hombres se requería una audacia temeraria. Y cómo no mencionar el combate singular en Hispania, contra un campeón vacceo, al que derrotó.

A pesar de su severidad y de su dedicación a los asuntos públicos, a Escipión le gustaba escaparse de vez en cuando a una casa que tenía en la costa en compañía de su amigo íntimo Lelio. Allí se entretenían en coger conchitas en la playa, ramas y piedras con formas extrañas; y en esas ocasiones se comportaban como auténticos niños.

Escipión cuidaba extraordinariamente su aspecto personal. **Fue el primer romano en depilarse a la manera griega y en rasurarse el rostro**, incluso cuando tuvo que comparecer ante un tribunal, aunque la tradición imponía que los acusados se presentaran con aspecto desaseado para inspirar clemencia. Fue él quien impuso la moda de afeitarse, mientras que hasta entonces los romanos se habían dejado la barba.



ENTREVISTA AL AUTOR

¿Cómo se definiría a sí mismo en unas pocas líneas?

Definirse uno a sí mismo es lo más difícil que hay. Más que escribir un libro. Siempre he sido una persona a la que ha apasionado el conocimiento de la Antigüedad clásica, griega y romana y, aunque soy consciente de que nuestro mundo es muy diferente del Mundo Antiguo, creo que los clásicos y la Historia de la Antigüedad siguen teniendo una gran validez como materia de reflexión. Por ejemplo, nunca se habló tanto de una Paz universal ni hubo tantos intentos diplomáticos para alcanzarla como en época de Emiliano, y sin embargo nunca hubo más guerras, y Roma, que sostenía que ella sólo libraba guerras justas, terminó destruyendo a todos los que se le oponían. Hubo un libro de los que llaman de autoayuda que tuvo mucho éxito hace unos años; se llamaba *Más Platón y menos Prozac*. Es interesante: leer más filosofía griega y tomar menos ansiolíticos.

Como profesor universitario, me dediqué especialmente al estudio de lo que podríamos llamar el

«Su biografía permite estudiar también los problemas militares y sociales de Roma en esta época, que serán determinantes para la evolución futura de la República».

imperialismo romano republicano y así llegué a encontrarme con Escipión, cuando hice mi tesis doctoral sobre la conquista y romanización de Celtiberia (1981). Después seguí trabajando sobre él muchos años. Tengo la pequeña vanidad de que algún libro mío (*Los vettones. Romanización e indigenismo en el occidente de la Meseta*) fue durante varios años el libro más vendido de Publicaciones Universidad de Salamanca. Creo que su mérito era exponer de una manera clara y comprensible para quienes no eran profesionales de la Historia la romanización de los territorios del occidente peninsular. En mi opinión el rigor investigador no está en contradicción con la claridad de exposición e, incluso, con la amenidad. La vida de Escipión Emiliano me permitía radiografiar la historia de Roma a través de la vida de uno de sus principales líderes, que constituye una novela apasionante. Los lectores dirán si lo he conseguido.

Por lo que usted dice en su libro, la época de Escipión Emiliano parece ser una época bisagra en la Historia de Roma, ¿es así?

Efectivamente. En numerosos aspectos el periodo de la vida de Escipión, que abarca el segundo tercio del siglo II a. C., aparece como una época de transición entre lo que fue la República clásica y el periodo de la crisis republicana, que se inicia en el 133 a. C. con el asesinato de su cuñado y oponente Tiberio Graco.

Se puede observar cómo durante su vida fueron apareciendo los problemas fundamentales como la crisis del reclutamiento militar, unida a la extensión y prolongación de las guerras, o el recurso a soslayar las leyes electorales para elegir de manera extraordinaria a individuos que no poseían la cualificación necesaria para el ejercicio de las magistraturas, como fue el caso del propio Escipión. Pero lo más importante fue quizás la ruptura del consenso y de la ética paritaria que había caracterizado la mentalidad de la clase gobernante romana. Escipión fue muy activo con sus actitudes personales en dicha ruptura, al rodearse de una especie de aura sobrehumana, y con ello favoreció el camino para la aparición del poder personal de individuos como Sila, Pompeyo o César, que terminarían liquidando la república como forma de gobierno.

¿Qué significó la época de Escipión para la política exterior romana en el Mediterráneo?

La época de Escipión Emiliano es la época de la creación definitiva de la república imperial o, si se quiere, del Imperio romano como entidad territorial. Todavía en su juventud, el Mediterráneo era una entidad multipolar en el que no existía una única potencia dominante, aunque Roma había adquirido un gran poder después de vencer a Aníbal. Pero no solamente quedaba todavía Cartago como un estado regionalmente importante, sino que las grandes monarquías sucesoras de Alejandro, como los Seleúcidas de Siria, los Lágidas de Egipto y, en menor medida, los Antígónidas de Macedonia, eran estados formidables, por no mencionar las coaliciones celtibérica y lusitana contra las que Roma llevaba luchando decenios sin vencerlas claramente. Roma los fue venciendo uno a uno y Escipión en concreto destruyó a dos de los más importantes: Cartago y Numancia. Hacia el final de su vida Roma era la dueña incontestable del Mediterráneo, que ya podía llamarse Mare Nostrum.

Usted ha escrito una biografía de Escipión Emiliano, ¿qué validez cree que tiene la biografía como género historiográfico en la actualidad?

La biografía es un género historiográfico completamente en alza. Durante los años 60 a 80 del siglo pasado, por influencia de historia social y económica, principalmente de inspiración marxista, la biografía se vio relegada a un puesto secundario, conceptualizada

un poco como “curiosidad” o “cotilleo”. El derrumbe de la filosofía materialista y, sobre todo el desarrollo de los propios estudios históricos, demostraron que no existe un determinismo absoluto. Dentro de unas condiciones históricas dadas, los individuos y los grupos sociales tienen libertad de actuar y pueden tomar opciones que orienten el desarrollo histórico de maneras muy diferentes. Evidentemente, grandes hombres como Escipión, o César, o Fernando el Católico, o Richelieu, modelaron con su acción y sus decisiones el desarrollo histórico de las sociedades en que vivían. La biografía de estos personajes por tanto tiene una validez histórica total como demuestra su auge en Francia, Inglaterra o Alemania actualmente.

¿Por qué ha elegido la figura de Emiliano, y no la de cualquier otro personaje de la época republicana?

La figura de Emiliano me parecía interesante precisamente por lo poco que se conocía sobre él, principalmente en lengua española, ya que no existía ninguna biografía antes de mi libro. Por otro lado, existe suficiente información literaria sobre su figura, gracias a autores como Polibio, Cicerón, Plutarco y otros, como para poder trazar con garantías una trayectoria personal, y a esos datos

actualmente podemos sumar algunos hallazgos arqueológicos que, aunque escasos, revelan aspectos muy interesantes. Obviamente, Escipión es menos conocido que otros políticos romanos como César o Pompeyo, pero su figura

ofrece la oportunidad de estudiar a través de él el siglo II a. C., que fue el siglo de la gran expansión romana en el Mediterráneo. Desde ese punto de vista, su papel militar es gigantesco, ya que es el destructor de dos de los principales enemigos que tuvo Roma: Cartago y Numancia. Pero, más allá de los aspectos de la estrategia y la táctica, que son muy importantes, su biografía permite estudiar también los problemas militares y sociales de Roma en esta época, que serán determinantes para la evolución futura de la República.

¿En qué medida su libro es algo más amplio que una biografía?

Mi libro intenta ser una historia global de Roma durante las décadas centrales del siglo II a. C., el periodo de creación de la República imperial, vista a través de uno de los personajes más significativos del periodo. La vida de un hombre me sirve para dibujar la vida de una sociedad y un tiempo, la vida de Roma.

«Escipión es menos conocido que otros políticos romanos como César o Pompeyo, pero su figura ofrece la oportunidad de estudiar a través de él el siglo II a. C., que fue el siglo de la gran expansión romana en el Mediterráneo».

¿Cuál ha sido la principal dificultad con que se ha encontrado a la hora de escribir su obra?

Yo diría que la principal dificultad ha sido exponer de manera paralela los hechos en política interior y en política exterior, para que se perciban bien las relaciones entre los problemas internos de Roma en cada momento y los hechos externos, principalmente militares, y como se condicionaban mutuamente. También que se percibieran nítidamente las alianzas y los enfrentamientos dentro de la aristocracia romana y los cambios de actitud de cada grupo o cada personaje. También he puesto mucho cuidado en trazar un panorama lo más completo posible de las múltiples relaciones entre los distintos estados mediterráneos y la evolución de sus problemas, por ejemplo, el juego a tres bandas de las ligas aquea y etolia, Macedonia y Roma. O las relaciones entre Siria, Egipto y Roma. Todo esto se desarrolla especialmente en el capítulo que trata sobre la embajada de Escipión en el 140 a. C. Tradicionalmente, la historiografía presenta a las monarquías helenísticas como estados impotentes en manos de la diplomacia romana, pero creo que en el libro se demuestra que tanto los Lágidas como los Seleúcidas hacían en estos momentos su propia política, con independencia de los deseos de los romanos.

Escipión recibió los apodos de Africano y Numantino, ¿cuál cree que es el momento culminante de su carrera?

Hay grandes diferencias entre los dos triunfos, el obtenido sobre Cartago y el obtenido sobre Numancia. El primero fue un clamor público, un delirio, según reflejan las páginas de Apiano, que resume a Polibio. Escipión puso fin a la archienemiga de Roma, la potencia que con Aníbal casi había amenazado con destruirla. Por el contrario, el triunfo sobre Numancia tuvo algo de amargo, fue como el final de una pesadilla, la guerra celtibérica, pero sin la alegría del triunfo anterior. Para Escipión seguramente fue ruinoso, ya que no obtuvo apenas botín y tuvo que repartir una magra recompensa a los soldados de su dinero personal. Entre ambos triunfos, además, se sitúa su censura en los años 142-141 a. C., que yo creo que es la piedra angular de su carrera política y su evolución personal. Si la victoria sobre Cartago lo convirtió en el político más popular e influyente de Roma, la censura mostró su incapacidad para tejer alianzas y crear un grupo político estable a largo plazo. El capítulo sobre la censura es especialmente importante en mi libro porque nos ha permitido estudiar en profundidad las alianzas políticas dentro del senado y su evolución en relación con la actividad de Escipión. Estas alianzas eran muy complejas y creemos haber demostrado que no había un grupo proescipiónico y otro antiescipiónico que se

«La guerra de Numancia puso a prueba todas las capacidades del Estado romano en aquellos momentos».

opusieran, sino que tanto entre los partidarios como entre los antagonistas de Emiliano se daban situaciones muy matizadas.

Las guerras de Hispania aparecen en los títulos de dos de los capítulos del libro, ¿realmente tienen tanta importancia?

Sin duda. Diversos estudios debidos a historiadores europeos y americanos, no solamente españoles, han puesto de relieve la importancia de las guerras en Hispania para el desarrollo de la historia romana. Debido a su duración y a la distancia geográfica, las guerras en la península ibérica plantearon nuevas exigencias logísticas, militares e institucionales para las que la república romana no estaba preparada; esto ocasionó cambios profundos y duraderos tanto en la técnica militar romana como en la sociedad y la economía. Se ha estudiado cómo en la primera mitad del siglo II a. C. las guerras y los triunfos en Hispania se convirtieron en un trampolín político para la aristocracia romana. Durante el periodo 153-133 a. C., durante las grandes guerras contra lusitanos y celtíberos, por lo menos uno de los dos cónsules recibió como provincia una de las Hispanias, lo cual demuestra la importancia de que hablamos. En el caso concreto de Emiliano, hemos puesto especial cuidado en mostrar cómo Hispania actuó como escuela militar para él y cómo aprovechó su experiencia, tanto en su servicio a las órdenes de otro como después en la guerra contra Cartago, para derrotar definitivamente a Numancia, contra la cual los romanos llevaban luchando veinte años infructuosamente.

Refiriéndonos a la guerra de Numancia, que duró veinte años, ¿a qué se debe tan larga duración, fue una guerra especialmente dura?

Polibio llamó a la guerra de Numancia “guerra de fuego”, en un doble sentido de la expresión. Por una parte, decía, porque como un incendio en el bosque surgía como una pequeña llamita en un punto concreto, pero rápidamente adquiría una extensión devastadora. Por otra parte, porque puso a prueba todas las capacidades del Estado romano en aquellos momentos. Los romanos no estaban acostumbrados a las condiciones climáticas de la Meseta española, tan fría en invierno, ni a la alimentación a base de carne y, sobre todo de caza, por lo que muchos soldados no morían por los combates, sino por el frío y por enfermedades estomacales. La resistencia al alistamiento por parte de los roma-

nos era tan grande que en una ocasión los tribunos detuvieron y encarcelaron a los cónsules para que no pudieran efectuar el reclutamiento.

Escipión, que era joven entonces, se ofreció a servir voluntario para dar ejemplo de valor. Los celtíberos obligaron a capitular a un cónsul, Mancino, y a pedir una paz dictada por ellos, que el senado rechazó. Pero por parte romana hubo también grandes crueldades. Escipión en concreto podía ser sumamente duro. Cuando tomó Cartago, a los desertores romanos los arrojó vivos a las fieras, para que fueran despedazados por ellas, en vez de ejecutarlos militarmente. Durante la guerra numantina, en el caso de la ciudad de Lulia cortó las manos diestras de todos los jóvenes en edad de combatir para castigar el que quisieran ayudar a los numantinos. Y finalmente, Apiano dice explícitamente que, mientras que a Cartago la destruyó por orden del senado, a Numancia lo hizo por iniciativa propia.

¿Cuál cree que es la diferencia más importante de la política romana entre el inicio y el final de la vida de Emiliano?

Sin duda ninguna, el recurso a la violencia como arma política. Con anterioridad a Emiliano se habían dado irrupciones de violencia en la historia de la república romana, pero habían sido casos puntuales de corta duración. La historiografía clásica presenta, de una manera idealizada y no realista, el periodo medio republicano, los siglos III-II a. C., como el periodo del consenso entre los ordines y las instituciones romanas, lo que habría constituido la clave de su éxito en política exterior. A partir de la actividad tribunicia de Tiberio Graco, a la que Escipión se opuso vigorosamente, y su asesinato en el año 133 a. C., la violencia se con-

«La violencia se convirtió en algo endémico de la política romana. Este fenómeno podemos comprenderlo como un fracaso de la clase gobernante».

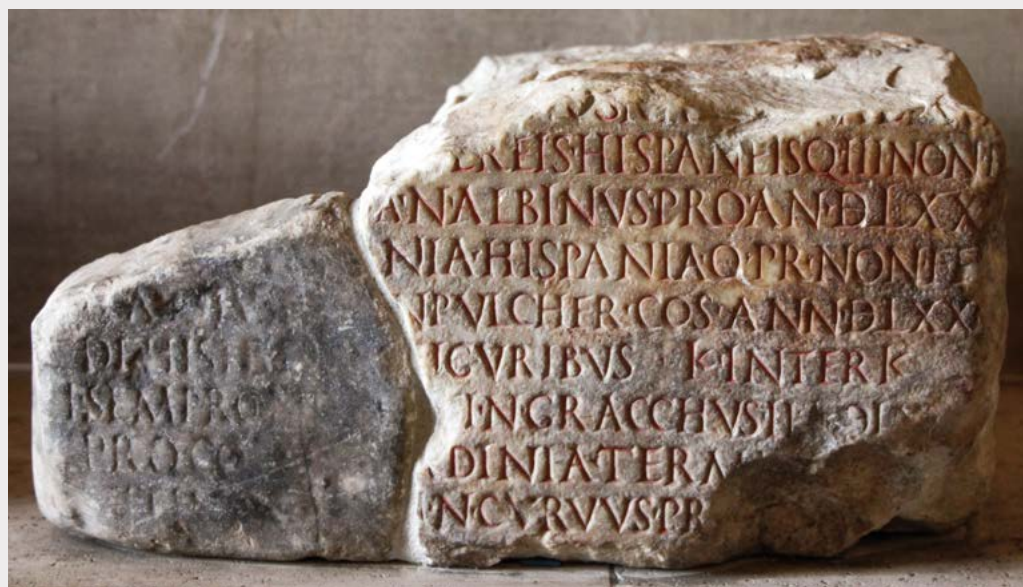
resolver los problemas del Estado constitucionalmente, lo que motivaría finalmente la substitución de la forma republicana de gobierno por el principado de Augusto. Es interesante, y me parece muy revelador, que la acusación de tiranía lanzada primero contra Graco para justificar su asesinato, se esgrimiera posteriormente contra Escipión también.

La pregunta del millón: ¿la muerte de Escipión fue natural o fue un crimen político?

Pues sí, es la pregunta del millón. Hoy día, con los datos que tenemos, es imposible inclinarse por una opción u otra. Una generación después, en época de Cicerón, la idea del asesinato, instigado por su suegra Cornelia y por su esposa Sempronia, había cobrado carta de naturaleza, pero pudo deberse a una propaganda contraria a los Gracos, con los que Cicerón no simpatizaba en absoluto. ¿Cómo entraron los sicarios en el dormitorio de Emiliano? Habitualmente uno o varios esclavos dormían en la antecámara del señor. Por otra parte, hay contradicciones también sobre su origen, extranjero o romano. Estos detalles hacen dudar de la tesis del asesinato, pero llama la atención que algún personaje, como Metelo Numídico, la diera por válida en el mismo instante, como una posibilidad bien real. Con honradez de historiador hay que decir que no lo sabemos.



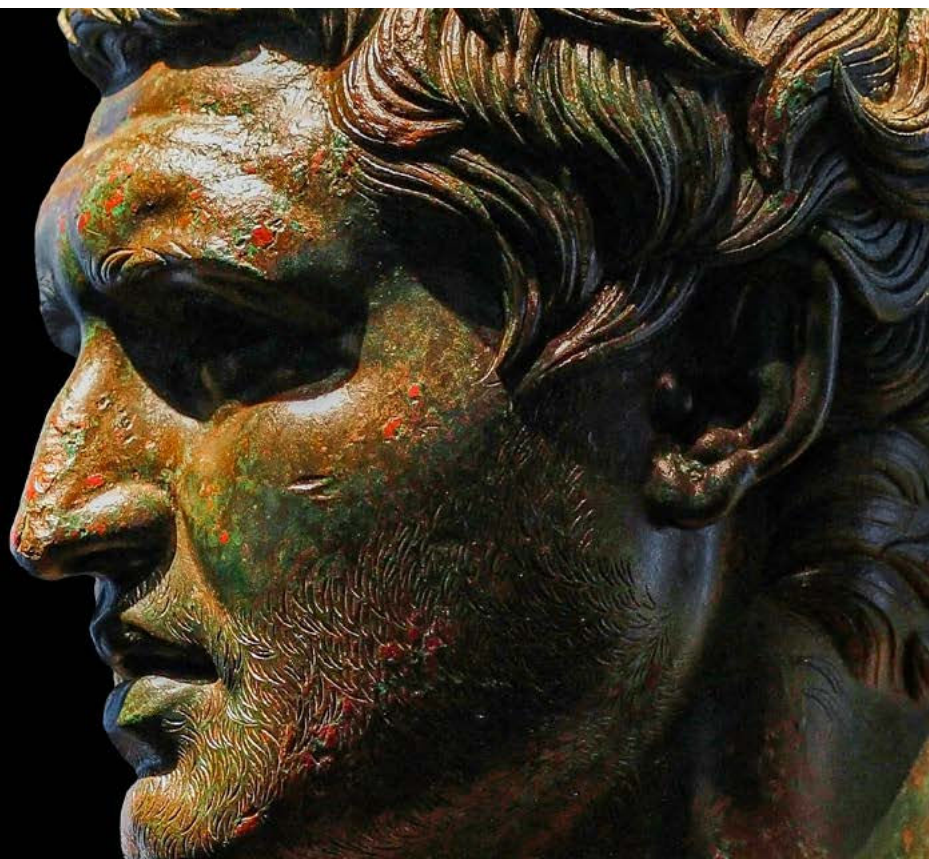
Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



Fragmento de los *Fasti Triumphales* que menciona los triunfos de Tiberio Sempronio Graco y de Lucio Postumio Albino, pretores en ambas provincias hispanas en 180-178 a. C. © Manuel Salinas.

SUMARIO

Emiliano Escipión explicado por Manuel Salinas



EN POCAS PALABRAS

Publio Cornelio Escipión Emiliano, Africano el menor, es una figura de primera importancia en la historia de Roma, como militar y como hombre de Estado. Es el destructor de los dos principales enemigos contra los que Roma se batió a mediados del siglo II a. C.: Cartago y Numancia. Obtuvo dos consulados *extra ordinem* para hacer frente a estos dos rivales; fue censor; pero chocó con otros miembros de la aristocracia tan notables como él y, finalmente, se enfrentó a la plebe, a esa misma plebe que lo había elegido y privilegiado sobre otros candidatos al consulado, con motivo de la ley agraria de Tiberio Graco, muriendo en extrañas circunstancias que parecen encubrir un crimen político. Emiliano, además, vivió en el periodo en el que se produce un fenómeno capital de la historia de Roma: la profunda helenización de su cultura; de su aristocracia, primero, y del conjunto de su población después, un proceso del cual él mismo fue uno de los actores principales.

Emiliano vivió una época de grandes transformaciones, que señalan la transición desde el periodo pleno republicano hacia la crisis de la república romana. Estas transformaciones se produjeron tanto en el ámbito político, como económico o social. Su vida se inició unos quince años después de que Roma derrotara a Cartago en la Segunda Guerra Púnica, arrebatándole sus posesiones en la península ibérica, además de las que ya había adquirido en Sicilia, Córcega y Cerdeña. Con ello, la ciudad se había convertido en la potencia indiscutible del Mediterráneo central y occidental, pero su dominio no era incontestado. Por el contrario, cuando murió Emiliano, no solo Cartago había desaparecido, sino también

el reino de Macedonia, directo sucesor de Alejandro, y los reinos de Siria y de Egipto se habían convertido en reinos clientes en cuya política interior Roma intervenía cada vez con mayor libertad. Aún no era la única potencia del Mediterráneo. Aún este no se había convertido en un *mare Nostrum*, pero faltaba poco para que lo fuera.

La vida de Escipión Emiliano, por tanto, nos permite lanzar una mirada y estudiar todos los complejos problemas, políticos, sociales, económicos y culturales, que se desarrollaron en las décadas centrales del siglo II a. C. El estudio de su figura puede contribuir también a distinguir los mecanismos políticos que se anclaban en la práctica política tradicional, el *mos maiorum*, por una parte, y, por otra, lo que se debía a las ideas nuevas recibidas del mundo griego. Por otro lado, ejemplifica la dinámica de las alianzas políticas dentro del senado, la relación entre estas cambiantes alianzas y la política exterior de Roma durante este periodo y, en último lugar, las limitaciones y los fracasos de la clase gobernante romana que llevaron a su propia crisis.

A pesar de la innegable importancia del personaje, tanto por sus características intrínsecas como por su papel histórico, no existe todavía en castellano ninguna biografía sobre él, aparte de esta nuestra. La tradición científica española se ha centrado más en el estudio del Imperio romano que en el de la etapa histórica precedente, salvo contadas excepciones. Además, los trabajos que se han realizado sobre el periodo republicano han tendido generalmente, por razones obvias, a estudiar el proceso de la conquista romana de la península ibérica, es decir, han tenido una orientación generalmente localista, dejando al margen las grandes cuestiones de políti-

ca general de la República romana. Intentar un enfoque más amplio, cuyo centro de atención se sitúe en la propia Roma y no en los territorios provinciales, es por tanto una tarea necesaria si se quieren comprender en toda su complejidad incluso los fenómenos peninsulares.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

El libro se articula en una introducción, nueve capítulos en los que se desarrolla la trayectoria vital de Escipión Emiliano, un epílogo y cinco apéndices. Cualquier presentación de la figura de Escipión está condicionada por el problema de las fuentes históricas que se refieren a él y en particular por la presentación que hace de él el historiador griego Polibio de Megalópolis, huésped de la familia y amigo personal de Emiliano. Por ello la Introducción aborda el estudio crítico de las fuentes literarias antiguas (Polibio, Plutarco, Tito Livio, Cicerón, etc.) disponibles para trazar una biografía de Escipión como paso previo e imprescindible a la tarea de reconstrucción biográfica.

El **Capítulo 1, “el contexto histórico”** proporciona el marco de referencia necesario para comprender los problemas a que hubo de enfrentarse Roma en época de Emiliano, así como los mecanismos institucionales que regulaban la vida política. Cuando proyectamos nuestra visión hacia el pasado, nos parece inevitable que durante el siglo II a. C. Roma se convirtiera en la principal potencia del Mediterráneo, hasta llegar a dominarlo completamente. Sin embargo, tras la derrota de Aníbal y de Cartago en la Segunda Guerra Púnica, la situación de predominio no era tan evidente. El Mediterráneo del siglo II a. C. puede comprenderse como un mundo multipolar en el cual ninguno de los grandes Estados ejercía el monopolio del poder. En el norte África, a pesar de la derrota, Cartago continuaba siendo un Estado importante. Apiano habla de la recuperación económica de Cartago tras la guerra y Tito Livio informa de que, diez años después, los cartagineses propusieron a los romanos pagar anticipadamente la indemnización de guerra impuesta saldando la deuda, a lo cual se negó el senado. En el Mediterráneo oriental existían tres grandes reinos creados por los sucesores de Alejandro: las dinastías resultantes fueron las creadas por Antígono Gonatas en Macedonia (Antigónidas), Seleuco I, sátrapa de Babilonia, en Siria y Mesopotamia (Seleúcidas), y Ptolomeo hijo de Lago, sátrapa de Egipto (Lágidas). De las tres monarquías, Macedonia era la que tenía una base nacional más estable y en la que había una mayor identificación entre el pueblo y la casa reinante. El reino seleúcida tenía unas dimensiones colosales, ya que ocupaba la meseta de Irán, Mesopotamia, Siria y la parte al sur del Taurus de Asia Menor. Finalmente, la monarquía lágida no solamente poseía el país del Nilo, que era el nú-

cleo de su territorio, sino también la Cirenaica, la isla de Chipre y numerosas islas del Egeo, principalmente en las Cícladas, además de tener enclaves territoriales en la costa sur de Asia Menor. Por otra parte, estaban las complejas relaciones entre las dos principales ligas griegas, agitadas internamente por los problemas sociales y económicos de las ciudades, particularmente el problema de las deudas. Las relaciones de Roma con el mundo griego más estrechas se iniciaron como era lógico con la costa occidental de la Hélade al intensificarse el comercio romano en el mar Adriático. Según Polibio, la primera embajada griega en Roma fue la enviada por los etolios en el año 228 a. C., a la cual siguieron las quejas de los aliados itálicos por la piratería de las naves ilirias de la reina Teuta. De esta manera, Roma se fue implicando cada vez más en un mundo de relaciones diplomáticas cuya complejidad era algo nuevo para los romanos. La entrada de Roma en este contexto no dejó de ser percibida por los griegos de una manera ambigua. En el año 217 a. C., con ocasión de la conferencia de paz habida en Naupacto entre los etolios, Esparta y Élide, por una parte, y Filipo V y la liga helénica por otra, el etolio Agelao hizo un llamamiento a la unidad helénica ante la “nube que se cernía al oeste”, en referencia al vencedor definitivo en la guerra que se libraba entonces entre Cartago y Roma. Libre de Aníbal, Roma comenzó a intervenir en Oriente con una nueva política, debida probablemente a la conciencia de su fuerza como resultado de la victoria sobre Cartago. Después de vencer sucesivamente a Filipo V y a Antíoco III, la paz de Apamea, firmada tres años antes, aproximadamente, del nacimiento de Escipión Emiliano, supuso un nuevo reparto del mundo helenístico, sobre el cual Roma ahora disponía con total autoridad.

Para comprender adecuadamente la actividad política de Escipión Emiliano es necesario también tener en cuenta cómo se desarrollaba la práctica política en Roma durante su época. El poder político estaba controlado por una clase social, la *nobilitas*, formada hacia finales del siglo IV a. C. por las familias patricias y plebeyas más ricas. Esta fue la clase que gobernó el Estado hasta el final de la república. Inicialmente la *nobilitas* estaba formada por las familias que habían logrado hacer llegar a alguno de sus miembros a alguna de las magistraturas, lo cual permitía, al término de esta, el ingreso en el senado. Pero poco a poco el concepto de *nobilitas* se fue haciendo más restringido, de manera que en el siglo II a. C. se entendía por *nobilis* solamente a las familias que habían tenido, por lo menos, un antepasado cónsul. Los magistrados mayores, especialmente los cónsules y los pretores, eran magistrados *cum imperio*, es decir, con mando militar. Lo que se esperaba de ellos, por consiguiente, era que hicieran la

guerra, y que la hicieran con éxito. La recompensa del éxito era el reconocimiento o la concesión por parte del senado del *triumphus*. La celebración de los triunfos obtenidos a lo largo del tiempo por los miembros de una familia senatorial incrementaba la *laus* y la *gloria* de esta familia que constituían, por así decirlo, su capital político. En los comicios los votantes no elegían a los candidatos al consulado o la pretura por sus promesas, aunque evidentemente existía un cálculo político sobre las ventajas de elegir a un candidato u otro para la conducción de las operaciones militares de una determinada guerra, sino que la elección se hacía más bien atendiendo al prestigio, *gloria*, de sus propias hazañas bélicas, pero, sobre todo, de sus antepasados. Dicho capital político se amortizaba muy rápidamente con el paso del tiempo. Los logros recientes de otras familias de la aristocracia hacían olvidar los méritos del pasado y, por tanto, para todos los aristócratas era urgente “reverdecer los laureles” de su propia familia obteniendo nuevas magistraturas y nuevos triunfos. De esta manera, la política romana estaba fundamentada en una ética de la *aemulatio* (competencia) entre las distintas familias nobles de las que salían los candidatos a las magistraturas. *Aemulatio* significaba competencia, y la competencia significaba discordia y,

por tanto, enemistad, *inimicitia*. La competencia aristocrática se desarrollaba, pues, en el marco de las relaciones de *amicitia* e *inimicitia*, que eran componentes fundamentales de las relaciones políticas dentro de la república romana

El Capítulo 2, “los años iniciales”, se centra, como es fácil suponer, en la infancia y juventud de Emiliano, su formación intelectual y política y las relaciones con otras familias de la aristocracia, hasta el inicio de su carrera política con el desempeño de la cuestura, probablemente en el año 152 a. C. Escipión Emiliano nació a finales del año 185 o en el año 184 a. C. Tito Livio dice que en la época de la batalla de Pidna (168 a. C.) él estaba en su décimo séptimo año. Su muerte se produjo en el año 129 a. C., como se deduce del diálogo de Cicerón *De Republica*, cuya acción se supone que sucede durante las *feriae Latinae* del 129 a. C., pocos días antes de la muerte de nuestro personaje. Vivió por tanto unos 55 o 56 años. Emiliano era el segundo hijo de Lucio Emilio Paulo, quien fue dos veces cónsul: en 182 y en 168 a. C., siendo en esta segunda ocasión el vencedor del rey Perseo de Macedonia y el individuo que puso fin a la primera monarquía helenística en caer, directa sucesora de Alejandro Magno. En un momento desconocido Paulo dio en adopción sus dos hijos



varones a dos familias tan prestigiosas como la suya: los Cornelios Escipiones y los Fabios Máximos. De esta manera, su segundo hijo pasó a llamarse legalmente Publio Cornelio Escipión, adoptando el cognombre de Emiliano como recuerdo de su padre carnal. El padre adoptivo de Emiliano era Publio Cornelio Escipión, llamado “el Augur” porque, siendo hijo del gran Escipión Africano, el vencedor de Aníbal, no pudo recorrer la carrera de las magistraturas por una deficiencia física que le impedía el ejercicio de las armas. De esta manera Emiliano tenía vínculos familiares, por consanguinidad o por adopción, con un número significativo de las principales familias de la aristocracia romana: los Emilios, los Papirios, los Cornelios Escipiones y Nasicas, los Sempronios, los Porcios, los Elios y los Fabios Máximos. Pero, sobre todo, contaba con un ancestro enormemente prestigioso: Escipión Africano el mayor, el vencedor de Aníbal y de Cartago en la Segunda Guerra Púnica. El peso de una herencia semejante puede constituir un incentivo moral y político, pero, igualmente, puede ser un peso aplastante. La consecuencia de esta situación fue el intenso deseo de probarse a sí mismo y a los demás que era digno de unos ancestros tan relevantes como el vencedor de Aníbal o el destructor de Macedonia. Y Escipión puso todas sus fuerzas, toda su voluntad y toda su disciplina, que debía ser enorme, en alcanzar ese fin: superar a todos en valor y en triunfos militares, y, en consecuencia, convertirse en un héroe popular y en el principal hombre del Estado. Una cuestión fundamental que estudiamos en este capítulo es el de la formación intelectual griega de Emiliano y su relación con la helenización de Roma en esta época.

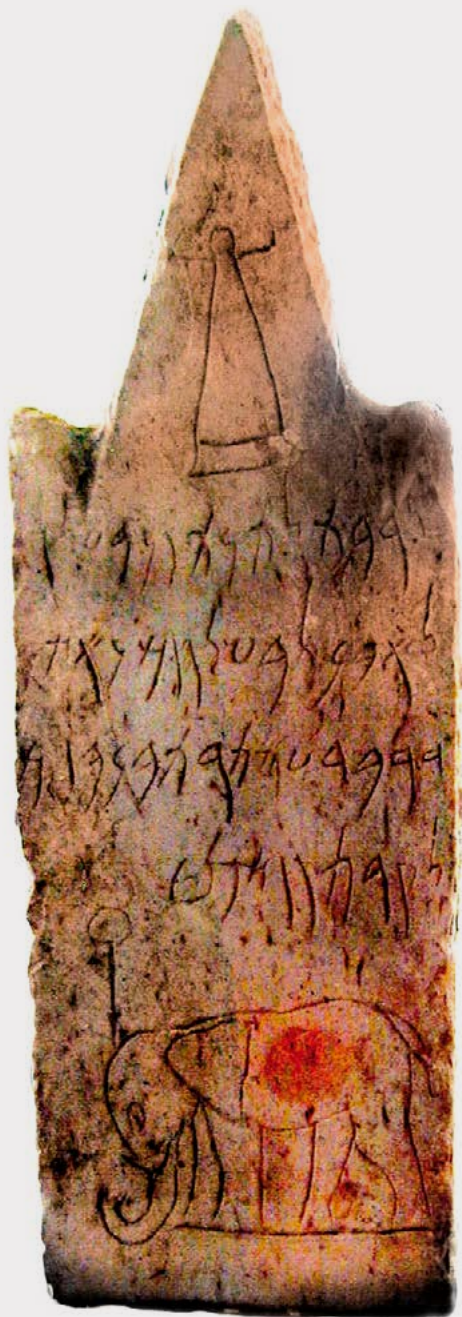
No conocemos prácticamente nada de los años iniciales de la carrera política de Escipión, antes del 152 a.C., fecha probable de su cuestura. Posiblemente su primer servicio militar tuvo lugar en el 168 a. C., cuando él y su hermano Fabio acompañaron a Paulo en la campaña de Macedonia. Ya con ocasión de la batalla de Pidna Escipión dio muestras de su indudable valor (y temeridad), cuando persiguió a los enemigos que huían con tanto empeño que perdió el contacto con las tropas romanas y durante un tiempo se le dio por muerto. Las consecuencias de Pidna fueron muy duras y muestran, por una parte, la desconfianza romana hacia sus antiguos aliados y, por otra, el aumento de su autoritarismo en el Mediterráneo oriental. La Liga Aquea fue castigada por su tibieza y obligada a entregar mil ciudadanos eminentes como rehenes, entre los cuales estaba Polibio. En el 162 murió Emilia, y Escipión se ocupó de repartir la herencia, transfiriendo grandes riquezas a su madre carnal, Papiria. Esto implica que para esa fecha su padre adoptivo,

Escipión el Augur, ya había muerto y él se había convertido en el *paterfamilias*. De nuevo sabemos de él en el año 155 a. C., cuando se hallaba entre los jóvenes aristócratas fascinados por los filósofos enviados como embajadores por los atenienses. Es posible que, en torno a esta fecha o un poco después, desempeñara su primera magistratura, la cuestura, ya que a finales del 152 a. C. era miembro del senado, siendo posible estudiar su carrera política a partir de esta fecha.

El **Capítulo 3, “Las guerras en Hispania (153-147 a. C.) y el tribunado militar”** se centra en la carrera política de Escipión anterior a su primer consulado, en el que se hizo cargo de la guerra contra Cartago, a la vez que explora los condicionantes de los pueblos indígenas, que actuaban de manera activa frente a la expansión romana. Las guerras en Hispania, con su sangría continua, tuvieron consecuencias sobre la demografía de Roma, como muestran las cifras del censo estudiadas por P. Brunt y C. Nicolet. Se ha supuesto que, a pesar de ello, la *nobilitas* debió de considerar que los costes demográficos eran asumibles a cambio de los beneficios económicos y políticos que dicha contienda comportaba. Particularmente las guerras en la Hispania Citerior se convirtieron en una fuente muy importante de riquezas y de esclavos, como demuestran las cifras de los botines que Tito Livio transmite año tras año; pero quizás, de manera más importante, se convirtieron en un trampolín político para la aristocracia romana. Las fuentes históricas, que son siempre de autoría latina o griega, presentan una visión completamente sesgada de las guerras contra los pueblos del interior peninsular, celtíberos, lusitanos, vettones o carpetanos. Los autores clásicos atribuyen estas guerras a la continua presión de estos pueblos sobre los territorios que eran ya provincia romana, en los que vivían otros que se consideraban más civilizados, dentro de los cuales hacían continuas incursiones en busca de botín, principalmente ganados. La razón auténtica (o una de las razones auténticas) probablemente era que la presencia romana, con la creación de las dos provincias (Hispania Citerior y Ulterior), había venido a trastocar la economía fundamental de estos pueblos de la meseta central, basada en la ganadería.

En el año 153 a. C. estalló de nuevo la guerra contra los celtíberos, que vino a añadirse a la que ya existía contra los lusitanos, poniendo en serios aprietos el dominio romano sobre unos territorios que, para aquel momento, se habían convertido ya en un elemento fundamental del dominio romano en el Mediterráneo. A pesar de que las fuentes literarias intentan hacer recaer la responsabilidad de la guerra sobre los celtíberos, por haber violado los acuerdos de Graco, debe tenerse en cuenta que la guerra en realidad ya

estaba decidida por Roma, puesto que en el 154 se había asignado la Hispania Citerior como provincia consular y, además, se instó a los cónsules a adelantar la toma de posesión, del 15 de marzo al 1 de enero, a fin de comenzar la guerra antes. Un hecho importante por sus repercusiones políticas fue la matanza de los lusitanos efectuada por Galba (151-150 a. C.) violando los pactos que previamente había contraído con ellos, lo que motivó que se le abriera un proceso en Roma. En este juicio se alinearon dos grupos: por una parte, uno formado por los Sulpicios, los Fulvios, los Licinios y los Claudios, enemigos tradicionales de los Cornelios, y por otra, los Cornelios Cetegos, los Escríbonios, los Calpurnios y un ancianísimo Catón que había limado sus diferencias iniciales con los Cornelios y se había aproximado notablemente a Emiliano, como



muestra su juicio favorable sobre él durante la guerra contra Cartago. Este hecho muestra que a mediados del siglo II a.C. la guerra en Hispania se convirtió en un elemento determinante de la política tanto exterior como interior romanas. Por otra parte, su actuación como tribuno militar a las órdenes de Licinio Lúculo, venciendo en combate singular a un noble celtibérico y acumulando condecoraciones por su valor, proporcionaron a Escipión un aura y una fama pública que serían hábilmente empleadas para conseguir su primer consulado.

El Capítulo 4, “*Delenda est Carthago*” estudia el desarrollo de la Tercera Guerra Púnica, sus causas y sus consecuencias, y los posicionamientos de los grupos políticos romanos con respecto a la política a seguir con los cartagineses.

Para limitar el poder cartaginés, Roma se valió fundamentalmente del reino nómada, primero de Masinisa y después de sus hijos, al que permitió atacar impunemente a Cartago en distintas ocasiones, ocupando partes del territorio concedido en el tratado del año 201 a. C. Las repetidas protestas cartaginesas y sus solicitudes de arbitraje no sirvieron nunca de nada ya que los romanos, o dieron largas al asunto, o dirimieron los litigios siempre a favor de Masinisa. A partir del año 167 a. C., principalmente, los arbitrajes de Roma entre Cartago y los nómadas, quizás para recompensar a Masinisa por su lealtad y por su ayuda durante la tercera guerra macedónica, se decantaron claramente a favor de los nómadas. A finales de 152 o en el 151 a. C. las quejas de los nómadas y los informes de que Cartago estaba rearmándose llevaron al envío de una nueva embajada. A la vuelta de esta, Catón se convertiría en el portavoz de la idea de que era necesario destruir completamente a Cartago, repitiendo machaconamente en el senado, se hablara de lo que se hablase, “y además pienso, quírites, que Cartago debe ser destruida” (*at censeo Quirites Carthaginem delendam esse*). Para apoyar su afirmación Catón habría mostrado, sacándolos de su toga, un puñado de espléndidos higos cartagineses cogidos unos días antes. Es en este contexto, al parecer, en el que debe situarse la existencia de un debate en el senado acerca de la destrucción de Cartago, en el cual Escipión Nasica Córculo sostuvo, frente a Catón, una postura contraria a la destrucción total de la capital púnica. La crítica historiográfica ha valorado de manera muy diversa este debate, pero, incluso si no se acepta su autenticidad y se piensa que

Estela funeraria procedente de Cartago; en su parte superior aparece el signo de la diosa Tanit, patrona de Cartago y esposa de Baal; en la inferior, está representado un elefante, que por su aspecto sería de la especie norteafricana, más pequeño que los elefantes indios o los de la sabana.

es una invención tardía, nos permite comprender que hacia mediados del siglo II a.C. ya existía dentro de la clase gobernante romana un interés o necesidad por teorizar su práctica política. Polibio dice expresamente, y lo repite Apiano, que Roma tenía decidida la guerra tiempo antes del 149 a. C., pero que ocultó sus intenciones hasta un momento favorable porque temía la opinión pública.

Escipión debió regresar a Roma a finales del verano del 148 o a comienzos del otoño. En los comicios se presentó a la elección para la edilidad, pero el pueblo, pensando que nadie salvo él podría poner fin a la guerra contra Cartago, propuso su candidatura a pesar de que no tenía la edad reglamentaria ni había cumplido las magistraturas previas. Pese a la oposición del senado, los tribunos de la plebe presentaron una propuesta de que la ley electoral se suspendiera por aquel año a fin de legalizar la elección de Emiliano, quien de esta manera accedió a la más alta magistratura gracias al favor popular. La elección irregular de Emiliano al consulado tiene una trascendencia enorme en la historia de la República romana que, como justamente observaba Astin, nos pasa desapercibida en la actualidad porque estamos acostumbrados a ella. Sin embargo, esta elección rompía la regulación imponiendo un mínimo de edad para el consulado, que había regido durante treinta años, y el requisito de haber desempeñado la pretura antes del consulado, que llevaba en vigor cincuenta años. Escipión fue el primer individuo de menor edad que fue elegido cónsul desde Flaminio, que lo fue en el año 198 a. C. Pero lo más importante no son tanto los precedentes legales que se rompían, cuanto la forma de hacerlo. La candidatura de Escipión se apoyó en la creación de un estado de opinión según el cual Emiliano sería el único en vencer a Cartago y terminar la guerra. Como es lógico, en este capítulo estudiamos también con todo detalle las operaciones militares, especialmente el cerco de Cartago y el asalto final a la acrópolis de Birsa, basándonos en el relato literario y en las excavaciones arqueológicas y con el apoyo de mapas explicativos y planos de la topografía cartaginesa.

El Capítulo 5, “Del consulado a la censura (146-141 a. C.)” estudia lo que en nuestra opinión es el cénit de la carrera política de Escipión, con el desempeño de la censura. El análisis de su actuación como censor nos permite además investigar las contradictorias alianzas políticas tanto entre sus partidarios como entre sus oponentes, a la vez que muestra algo muy importante: sus limitaciones como político y su incapacidad para tejer un grupo político estable. Los años siguientes al 146 a. C. muestran el apogeo de la influencia política de Emiliano, que habría de culminar con su elección para

censor en el año 142 a. C. y, con él, de aquellos políticos y aquellas *gentes* que le estaban asociadas más o menos estrechamente, que a partir de esta fecha ocupan gran parte de las magistraturas republicanas. Naturalmente, dentro de la esencia competitiva de la política republicana, aquellos aristócratas que no se asociaban a Emiliano, o que tenían una declarada *inimicitia* con él, actuaron para contrarrestar la influencia ejercida por el nuevo astro. Siendo Escipión, sin duda, la gran figura del momento, había otros generales no menos exitosos ni menos brillantes que él que debieron gozar de una popularidad similar. Entre ellos, en primer lugar, estaba Lucio Mumio *Achaicus*, vencedor de la Liga Aquea y destructor de Corinto el mismo año en que se había producido la destrucción de Cartago. Mumio trajo un considerable botín de Grecia, especialmente en forma de obras de arte que fueron expuestas por los templos de la ciudad, lo cual debió proporcionarle también una gran popularidad. Por otra parte, ni el grupo que lideraba Emiliano era un grupo sin fisuras, ni tampoco quienes se le oponían formaban un bloque compacto. Probablemente es un error concebir la política romana de este periodo como el enfrentamiento de dos bloques definidos dentro del senado. A veces podemos percibir los enfrentamientos e intuir sus causas, pero nos falta mucha información para poder reconstruir los detalles.

La censura de Escipión Emiliano y Lucio Mumio en el año 142 a. C. resultó ser una censura conflictiva por la oposición existente entre ambos colegas. Gran parte de la actividad de Mumio consistió en ornar Roma con las estatuas, pinturas y tesoros traídos de Corinto, que fueron distribuidos por los santuarios de la ciudad, por las otras ciudades de Italia e, incluso en las provincias, como atestigua la dedicatoria, probablemente de una estatua, hallada en *Italica*. La realización más importante, sin embargo, fue la dedicación del templo de *Hercules Victor*, en el Celio. No se debe subestimar sin embargo la actividad edilicia de Escipión que, a diferencia de la de Mumio, tuvo un marcado carácter “dinástico” o familiar. Gran parte de las realizaciones de Escipión se concentraron en el área del foro Boario y sus inmediaciones. Uno de los mayores proyectos debió ser la finalización del puente Emilio, comenzado en el 179 a. C. por el censor Marco Emilio Lépido, perteneciente por tanto a la misma *gens* que el padre carnal de Escipión Emiliano. Adyacentes a él se hallaba un complejo de almacenes, denominados *horrea Aemiliana* en la época imperial, que probablemente fueron construidos por Escipión Emiliano durante su censura, como complemento de las dependencias portuarias primitivas de la ciudad, que daban servicio tanto al foro Boario como al foro Holi-

torio. El edificio más venerable del foro Boario era sin duda el *Ara Maxima Herculis*, sede de un culto instituido, según el mito, por el propio héroe antes de la fundación de la ciudad. El monumento fue reconstruido en su aspecto actual a mediados del siglo II a. C., probablemente por los censores del año 142 a. C. A menos de cincuenta metros al nordeste del Ara Máxima Escipión hizo levantar la *aedes Aemiliana Herculis*, un edificio circular períptero de orden toscano decorado con pinturas de Pacuvio, un pintor y poeta de Brindis que trabajó en Roma en la época de Escipión y que era pariente de otro poeta, Ennio, igualmente vinculado a Emiliano. La estatua de bronce de Hércules joven que se halla actualmente en el Museo de los Conservadores, que es obra del siglo II a. C., se ha propuesto que sea la estatua de culto encargada por Escipión Emiliano. Es probable, también, que la erección del templo a *Virtus* prometido por Escipión tras la destrucción de Cartago se concluyera en este momento. Dentro de este carácter “dinástico” o familiar cabe incluir la refección y monumentalización del sepulcro familiar, la tumba de los Escipiones en la Vía Apia, atribuible a Escipión Emiliano, bien durante su censura o en algún momento posterior.

Pronto las desavenencias entre los censores se pudieron de manifiesto. Con motivo de la revisión de la lista del senado, Mumio indultó a un número indeterminado de senadores que Escipión había expulsado. Algo semejante sucedió con motivo de la revisión de los caballeros. Pompeyo, hijo de Aulo, desertó de él para competir contra Lelio por el consulado. Todo este cúmulo de incidentes se vio agravado por una peste declarada en el año 142 a. C. que afectó tanto a Roma como Italia. Finalmente, Escipión debió ceder a su colega la ceremonia de la *lustratio* por la que se cerraba el censo y el *lustrum*. Así pues, la experiencia de la censura resultó frustrante para Emiliano, y a mayor abundamiento de males, en las elecciones para el tribunado de la plebe del año siguiente resultó elegido Tiberio Claudio Aselo, de quien solo podía esperar que se vengara de su intento de nota censoria promoviendo alguna acusación contra él.

El Capítulo 6, “Un apartamento oportuno, la embajada en Oriente”: Escipión salió indemne de las acusaciones de Aselo, pero el hecho de que tuviera que pronunciar varios discursos en su defensa muestra que no obtuvo la absolució n fácilmente. Fue probablemente en la primavera de este año cuando dejó Roma, formando parte de una embajada junto con Lucio Cecilio Metelo Calvo y Espurio Mumio como colegas, y el filósofo Panecio de Rodas como acompañante personal. Este capítulo nos permite extender la mirada sobre el panorama internacional del mundo helenístico tras la

destrucción de Corinto y las complejidades de la diplomacia en este momento.

La visita proporcionó algunas historias ejemplares y moralizantes que contrastaban la sobriedad y disciplina romanas con el lujo y la molice orientales, pero no sabemos nada acerca de su auténtico alcance político. La diplomacia se construye con gestos que tienen a veces una gran significación y que podían suponer un encumbramiento o un desprestigio de los monarcas satélites que dependían del apoyo romano. Fue sin duda un gesto calculado el que tuvo Escipión cuando, acompañando al grueso Evergetes, le obligó a caminar a paso ligero por Alejandría para ridiculizarlo ante sus súbditos. Escipión comentaría, en voz baja, que los alejandrinos le estaban muy agradecidos, ya que habían podido ver por primera vez caminar a su rey, en vez de ir en litera. La embajada es también famosa porque Escipión se hizo acompañar del filósofo Panecio de Rodas, que era en aquellos momentos el jefe de la escuela estoica. La relación entre Escipión y Panecio ha sido valorada de muy diversa manera según los historiadores. Durante la embajada es de suponer que ambos discutieron sobre materias filosóficas o éticas. Cicerón dice que el discurso y los preceptos de Panecio hicieron a Escipión más moderado o benigno, pero es difícil conceder a esta afirmación, más allá de un sentido general, un carácter de ética política y, aunque es posible que ambos abordaran problemas de ética o de teoría del Estado, no se puede probar que las opiniones del filósofo conformaran o modificaran la política de Escipión. Como hombre de Estado con una larga y exitosa experiencia, pues ya había desempeñado las principales magistraturas, y con un carácter ya formado, pues entonces tenía más de cuarenta años, es muy probable que Emiliano tuviese su propio criterio y que no siguiera dócilmente las enseñanzas o doctrinas del filósofo. Las relaciones entre los hombres de Estado y los filósofos en la Antigüedad nunca fueron sencillas y los ejemplos de Sócrates y Alcibíades, Platón y Dionisio de Siracusa y de Aristóteles y Alejandro dan buena prueba de ello. En particular, destaca el hecho de que ninguno de los testimonios acerca del aprendizaje de Emiliano afirma que fuese un estoico y que un pasaje de Cicerón asegura que en sus ideas políticas no necesitaba seguir a los griegos, sino que se basaba principalmente en la experiencia romana. Por otra parte, al acompañarse de Panecio, Escipión abría unas posibilidades a su actividad diplomática que, de otro modo, no habría podido ejercer de la misma manera. Panecio, de origen aristocrático, había ejercido un alto sacerdocio en su isla, y, por otra parte, había estudiado varios años en Atenas. Rodas y Atenas habían sido aliados tradicionales de Roma y habían ju-

gado un papel diplomático importante durante la guerra contra la liga aquea solamente unos años antes. La compañía de Panecio podía abrir a Escipión ambientes que de otra manera no hubieran sido igualmente permeables.

Capítulo 7, “Las guerras en Hispania y sus repercusiones en la política romana”: El propósito de este capítulo es pasar revista al desarrollo de las guerras en la península ibérica en el periodo que media entre el primer y el segundo consulado de Escipión (el consulado para dirigir la guerra contra Numancia) y su importancia en el contexto de la política romana. Ya hemos visto que el gobierno de Galba en la Hispania Ulterior y el proceso que se le incoó a consecuencia de su política con los lusitanos tuvieron una repercusión importante en la relación de fuerzas dentro del senado y en el hecho de que la política hispana, a partir del 149 a. C., retornara a las manos de los Escipiones. El periodo que transcurre entre los años 147 a. C., fecha del primer consulado de Emiliano, y 134 a. C., fecha de su segundo consulado, comprende uno de los periodos más vertiginosos de la expansión romana en el Mediterráneo. Por una parte, la destrucción de la enemiga secular de Roma, Cartago, y la destrucción de Corinto y el final de la independencia de Grecia, y, por otra parte, la guerra contra Viriato y la guerra contra Numancia y los celtíberos. En los dos casos, Escipión Emiliano fue el artífice de la victoria romana. Varios hechos significativos muestran el liderazgo de Emiliano en el senado en este periodo. Uno de ellos es que mientras que el senado aprobó el tratado suscrito por Fabio Máximo Serviliano, pariente y aliado de Escipión, con Viriato en el año 140 a. C., en el que se reconocía al lusitano la condición de *amicus* del pueblo romano, en cambio rechazó el suscrito por el cónsul Mancino, un adversario de Escipión, y los numantinos solamente tres años después.

La guerra en Hispania además, en este momento, muestran fuertes tensiones en torno al reclutamiento del ejército que evidencian cómo este problema se iba agravando. Con motivo de la leva, parte de cuyos efectivos probablemente serían destinados a reforzar el ejército de Décimo Bruto en Hispania, los cónsules ordenaron la flagelación pública de los desertores del ejército. Una medida de esta clase probablemente tenía como finalidad avisar de las consecuencias de intentar evitar el alistamiento y se explica si existía una resistencia popular, como sabemos que existía, a la movilización. Dos de los tribunos de la plebe, Cayo Curiacio y S. Licinio, propusieron que cada tribuno pudiera exceptuar diez personas de la conscripción y, cuando los dos cónsules se negaron, impusieron a estos una multa y los encerraron en prisión. No sabemos

si su propuesta finalmente se impuso, sí que las multas fueron perdonadas y que el encarcelamiento fue breve, pero, en todo caso, estas tensiones muestran el malestar que existía en torno al reclutamiento militar.

La resistencia para servir en las guerras de Hispania se agravó por el desastre sufrido al año siguiente, 137 a. C., en que fueron cónsules Marco Emilio Lépidio y Cayo Hostilio Mancino. Mancino cosechó un tremendo revés y una profunda humillación en la guerra contra los celtíberos. Avisados los numantinos de que los romanos se retiraban, Mancino y su ejército fueron acorralados en una posición en que la defensa era imposible. El cónsul se vio obligado a rendirse y a pasar bajo el yugo, concertando una paz con los celtíberos estipulada sobre sus propias leyes a cambio de salvar la vida y la de sus soldados. Gran parte de las negociaciones del tratado fueron acordadas por el cuestor de su ejército, Tiberio Sempronio Graco.

En el Capítulo 8, “Africanus y Numantinus”, estudiamos el segundo momento más brillante de la carrera militar de Escipión: la destrucción de Numancia y la victoria final sobre los celtíberos. Según Apiano, el pueblo, cansado de la guerra de Numancia, que resultaba más larga y difícil de lo que se había esperado, reeligió cónsul a Escipión Emiliano, el único a quien se creía capaz de derrotar a los numantinos. Escipión no había llegado todavía a la edad consular, por lo cual el senado decidió que, tal como se hizo durante la guerra contra Cartago, los tribunos de la plebe anulasen la ley que regulaba la edad, para restablecerla al año siguiente. Livio dice que el problema era la reelección de la magistratura, no la edad, y que lo que se hizo fue dispensarle del primer consulado por una ley. De manera que, a pesar de que Apiano presenta como una decisión espontánea de Escipión el no hacer ninguna leva, ya que había muchas otras guerras y había gran número de soldados en Hispania, lo cierto es que debió tener dificultades con el senado para reclutar nuevos hombres, siendo así que solamente pudo contar con voluntarios, enviados por otras ciudades y reyes amigos particulares suyos. Antes de describir las operaciones militares, en este capítulo estudiamos las partes contendientes, por un lado, la alianza celtibérica, su estructura y procedimientos, y por otra parte el ejército de Escipión. En este caso, y de manera excepcional, podemos reconstruir el estado mayor del general romano durante el asedio y conquista de Numancia en los años 134-133 a.C., y lo cierto es que el elenco es tan impresionante que se puede decir que, por lo menos, una gran parte de quienes jugaron algún papel político importante en la Historia de Roma en el último tercio del siglo II a.C. se dieron cita en el campamento de Emiliano durante la conquista de la



Fíbula de jinete y caballito procedente del yacimiento de Lancia (en el término municipal de Villasabariego, León), es uno de los elementos más característicos de la cultura material celtibérica, y sirve como símbolo del estatus de su portador, miembro del grupo dirigente de las ciudades celtibéricas. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

ciudad celtibérica. No deja de ser interesante que la mayor parte de estos personajes que formaban el estado mayor de Escipión en Numancia jugaran un papel relevante en los principales conflictos políticos del último tercio del siglo II a.C. y, de hecho, la sombra de Numancia se proyecta sobre dos de los más importantes de ellos, que fueron el debate en torno a la reforma agraria y la guerra de Yugurta. Es precisamente en relación con la guerra de Yugurta cuando encontramos nuevamente referencias a la guerra de Numancia, y las *amicitiae* trabadas entre el propio rey númida y algunos miembros del estado mayor de Escipión que influyeron políticamente en el desarrollo de la guerra. En la forma en que presenta los hechos, Salustio arroja una sombra de sospecha sobre la corrupción de algunos de dichos miembros.

Antes de entablar batalla con los numantinos, Escipión, lo mismo que había hecho en Cartago, procedió a disciplinar el ejército para devolverle su capacidad combativa y elevar la moral de las tropas. Otro hecho importante que puede observarse es que, al igual que los generales que le precedieron, Escipión atacó primeramente a los vacceos, con el pretexto de aprovisionarse o de impedir que lo hicieran los numantinos; es decir, que esta operación era vista como algo necesario para el progreso de las hostilidades, pero mientras que nuestra fuente (Polibio) lo presenta como un gesto de cobardía de sus predecesores, en el caso de Escipión lo presenta como algo prudente y necesario. En el caso de los caucenses, además, Escipión es presentado como un defensor de la *fides*, frente a la perfidia de Lú-

culo, su rival político. Podemos ver que la planificación de Escipión en el caso de Numancia fue muy semejante a la que siguió en la toma de Cartago y consistió, principalmente, en una previsión muy ordenada de todos los aspectos logísticos (aprovisionamiento, castramentación, fortificación, etc.). Ni en el caso de Cartago ni en el de Numancia hubo una gran batalla campal, sino que fue la poliarcética la que decidió el resultado final de la guerra. Los mapas y planos que se incluyen en el libro ayudan a comprender mejor la disposición de las tropas romanas y la circunvalación de Numancia. Estos planos se benefician de las últimas investigaciones arqueológicas, que han corregido y actualizado las conclusiones alcanzadas en su día por Adolf Schulten.

Después de repartir el territorio de Numancia entre los pueblos vecinos, llevar a cabo transacciones comerciales con otras ciudades, y reprimir e imponer multas a aquellas que hubieran mostrado una conducta sospechosa, Escipión debió marchar a Tarragona, desde donde regresó por mar a Roma para celebrar el triunfo. Su llegada a la ciudad debió producirse a comienzos del otoño del año 133, puesto que cuando llegó ya se había producido el asesinato de Tiberio Graco. Las fuentes antiguas dicen que mientras que a Cartago las destruyó por orden del senado, a Numancia lo hizo por iniciativa propia. En la actuación de Emiliano debió influir el cálculo político y no debemos ver la destrucción de Numancia solo como un acto de venganza irreflexiva. Numancia había actuado hasta el final de la guerra como un referente de la resistencia celtibérica; y hasta el último año distintos pueblos (las fuentes, desgraciadamente no nos dicen cuáles) habían hecho llegar armas y víveres a la ciudad cuyo flujo fue interceptado por la circunvalación que realizó Emiliano, cortando además el Duero. En el momento de caer, sin embargo, la ciudad estaba agotada económicamente y del botín conseguido Escipión no pudo repartir más que siete denarios a cada legionario. Manteniendo intacta la ciudad, pues, el general romano no conseguía ventaja económica alguna y dejaba permanecer un símbolo. Destruyéndola, no perdía nada y eliminaba un peligroso factor de cohesión indígena. Además, hay otro factor que creemos debe ser tenido en cuenta y que es la implicación familiar de los Escipiones en la guerra contra los celtíberos.

El **Capítulo 9, "La crisis final, un astro en su ocaso en un mundo convulso"**, estudian los años finales de la vida de Emiliano. Estos años se vieron envueltos en un clima de violencia política extrema que se inició con el asesinato del tribuno de la plebe y cuñado suyo Tiberio Graco en el 133 a. C. a consecuencia de los debates y los enfrentamientos que generó la propuesta y aprobación de su ley de reforma agraria. El recurso a la violencia, que aumentaría en las déca-

das siguientes hasta desembocar en las guerras civiles que pondrían fin a la existencia de la República romana, podemos considerarlo la expresión de la incapacidad de la clase gobernante romana, el orden senatorial, para enfrentarse de manera legal o constitucional a un conjunto de fenómenos nuevos que afectaron a la economía y a la sociedad romanas, los cuales, en última instancia, pueden considerarse consecuencias de la creación de un imperio mediterráneo. En la percepción por parte de los contemporáneos el problema se planteaba principalmente como un problema relativo a la cifra de ciudadanos movilizables para los ejércitos que debían atender a los distintos frentes de guerra. Esta dificultad, sin embargo, no consistía en una merma demográfica. En ciertos casos la prolongada ausencia de los varones de la explotación familiar y las muertes en campaña debieron obligar a las viudas y los huérfanos a vender las tierras, por no poder atender su explotación, y a buscar formas de sustento alternativas en el marco urbano. De esta manera, la base social movilizable comenzó a reducirse durante la segunda mitad del siglo II a. C. El proyecto de ley de Tiberio Graco pretendía la ampliación del número de *assidui* mediante una reforma agraria que distribuyese tierras a los ciudadanos que carecían de ellas mediante un reparto del *ager publicus*. El problema era que muchas de estas tierras públicas habían sido ocupadas ahora, legal o ilegalmente, por los aliados itálicos.

Emiliano recibió la noticia de la muerte de Tiberio durante el cerco de Numancia; según Plutarco, pronunciando un verso de Homero que daba a entender que aprobaba el asesinato del tribuno. Esta oposición de Emiliano a la reforma agraria sorprende tanto más cuanto que pocos años antes, en el 140 a. C., él mismo apoyó a través de su amigo Cayo Lelio una propuesta semejante. La ley agraria de Tiberio Graco había vinculado dos problemas principales de la república: la carestía relativa de tierras y el acceso de los itálicos a la ciudadanía, todo lo cual revertía en el delicado problema del equilibrio del voto entre las tribus que componían los comicios, en las cuales forzosamente debía inscribirse todo nuevo ciudadano. En nuestro libro podemos demostrar que la oposición de Emiliano a dicha ley tenía motivos más profundos que la simple enemistad personal o el juego habitual de las facciones aristocráticas y se refería a la alteración del sentido del voto en relación con la composición de las tribus.

Hay un hecho de una gran importancia cuya ubicación temporal es difícil de establecer, que es su ruptura con la plebe a consecuencia del interrogatorio al que le sometió el tribuno Cayo Papirio Carbón.

Interrogado por este acerca de lo que opinaba sobre la muerte de Tiberio Graco, Escipión dio una respuesta de compromiso, diciendo que creía que había sido muerto de acuerdo con el derecho si había tenido la intención de adueñarse de la república. La plebe, enfurecida por estas palabras, levantó un gran tumulto, al que Escipión se enfrentó diciendo que, si el clamor de los enemigos armados en Numancia no lo había impresionado, menos aún ellos, que eran la madrastra de Italia. Su influencia sobre el pueblo había sido incuestionable, y siempre había recurrido a él para superar la oposición de sus enemigos. Esto se había producido tanto con motivo de su primer consulado como del segundo, que en ambos casos fueron acordados de manera extraordinaria por los comicios. Pero su posicionamiento contra Tiberio arruinó esa relación.

Los itálicos acudieron a Emiliano solicitando que como patrono velase por sus intereses contra la reforma agraria. Después de paralizar de facto la labor de la comisión agraria al conseguir transferir al cónsul Tuditano los tribunales que debían ver las reclamaciones de los propietarios, parece que Emiliano tenía previsto dar un paso más, probablemente mediante la anulación de la ley judicial de Tiberio Graco. La tensión aumentó aparentemente a un nivel semejante al de los acontecimientos del 133 a. C. que llevaron al asesinato de Tiberio. En una asamblea, los partidarios de Graco gritaron contra él "matad al tirano", dando la vuelta a la acusación que se había usado contra Tiberio. Emiliano se enfrentó a ellos y después se retiró a su habitación con la intención de componer otro importante discurso, que debería pronunciar al día siguiente. El hecho es que Escipión fue hallado muerto a la mañana siguiente, cuando había de pronunciar un discurso en contra de la ley agraria, con las tablillas a su lado. Sobre si hubo violencia o no en su muerte no hay acuerdo.

El **Epílogo** realiza una valoración histórica de la figura de Escipión Emiliano.

El libro se completa, además de la **Bibliografía e índices analíticos**, con un **cuadro genealógico** de los Cornelios Escipiones que sirve al lector para orientarse en las intrincadas relaciones familiares de Escipión Emiliano, y además con **cinco apéndices**: I, una tabla cronológica que permite apreciar los sincronismos de los sucesos en Roma, Oriente y Occidente; II, un cuadro de las parejas consulares en el siglo II a. C. y de las provincias asignadas a sus miembros; III, un cuadro de ellos gobernadores de las provincias hispanas durante el periodo 155-133 a. C.; IV, un cuadro de los colegios censorios en Roma durante el siglo II a. C.; y V, un cuadro de las embajadas romanas a Cartago.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Cuadro genealógico de los Cornelios Escipiones

Introducción

- 1 El contexto histórico de Escipión Emiliano
- 2 Los años iniciales
- 3 Las guerras en Hispania (153-147 a. C.) y el tribunado militar
- 4 *Delenda est Carthago*
- 5 Del consulado a la censura (146-141 a. C.)
- 6 Un apartamiento oportuno. La embajada en Oriente
- 7 Las guerras en Hispania y sus repercusiones en la política romana
- 8 *Africanus y Numantinus*
- 9 La crisis final: un astro en su ocaso en un mundo convulso

Epílogo

Apéndice I. Tabla cronológica

Apéndice II. Parejas consulares y provincias

Apéndice III. Los gobernadores de las provincias hispanas durante el periodo 155-133 a. C.

Apéndice IV. Los colegios censorios en Roma durante el siglo II a. C.

Apéndice V. Las embajadas romanas a Cartago

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

EL CONTEXTO HISTÓRICO DE ESCIPIÓN EMILIANO

Cuando proyectamos nuestra visión hacia el pasado, nos parece inevitable que durante el siglo II a. C. Roma se convirtiera en la principal potencia del Mediterráneo, hasta llegar a dominarlo completamente. Sin embargo, tras la derrota de Aníbal y de Cartago en la Segunda Guerra Púnica, la situación de predominio no era tan evidente. El Mediterráneo del siglo II a. C. podría calificarse, desde el punto de vista político, como un mundo multipolar en el cual ninguno de los grandes estados ejercía el monopolio del poder. Con la derrota de Aníbal, Roma –poseedora fuera de Italia las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña como consecuencia de su victoria en la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.)– adquirió una enorme extensión de territorio en la península ibérica, consistente en la costa mediterránea y el sur de la costa atlántica, además del valle del Guadalquivir y el valle medio y bajo del río Ebro. Estos territorios eran excepcionalmente ricos desde el punto de vista agrícola pero además tenían las ricas minas de plata de Cástulo (Cazlona, Jaén) y de Cartagena, que habían servido a los cartagineses para financiar la guerra, además de minas de cobre en Riotinto (Huelva), hierro y sal en Cardona (Barcelona).

Pero el dominio sobre estos territorios y su explotación económica solamente podía garantizarse con el mantenimiento de un ejército de ocupación a gran distancia de Roma y la guerra continuada, año tras año, contra las poblaciones del interior peninsular, principalmente los celtíberos y los lusitanos, que constituían potentes coaliciones militares. En previsión de estas necesidades, en el año 197 a. C. los romanos crearon dos nuevas provincias, la Hispania Citerior (literalmente, «del lado de acá») y la Hispania Ulterior («del lado de allá»), y aumentaron de dos a cuatro el número de los pretores que se elegían anualmente para enviar a cada provincia un pretor con un ejército correspondiente. Con esta medida, Roma extendía el sistema del gobierno provincial que había creado inicialmente con los territorios de Sicilia y Córcega y Cerdeña, que había arrebatado a los cartagineses después de la Primera Guerra Púnica.

En origen, el término *provincia* tenía un sentido personal. Designaba el conjunto de competencias o el cometido encomendado a un magistrado *cum imperio*, es decir, dotado de mando militar. Desde este punto de vista la provincia podía ser la guerra contra un determinado enemigo de Roma o la administración de justicia (caso del pretor urbano) o cualquier otro cometido. Pero dado que las guerras se producían en territorios

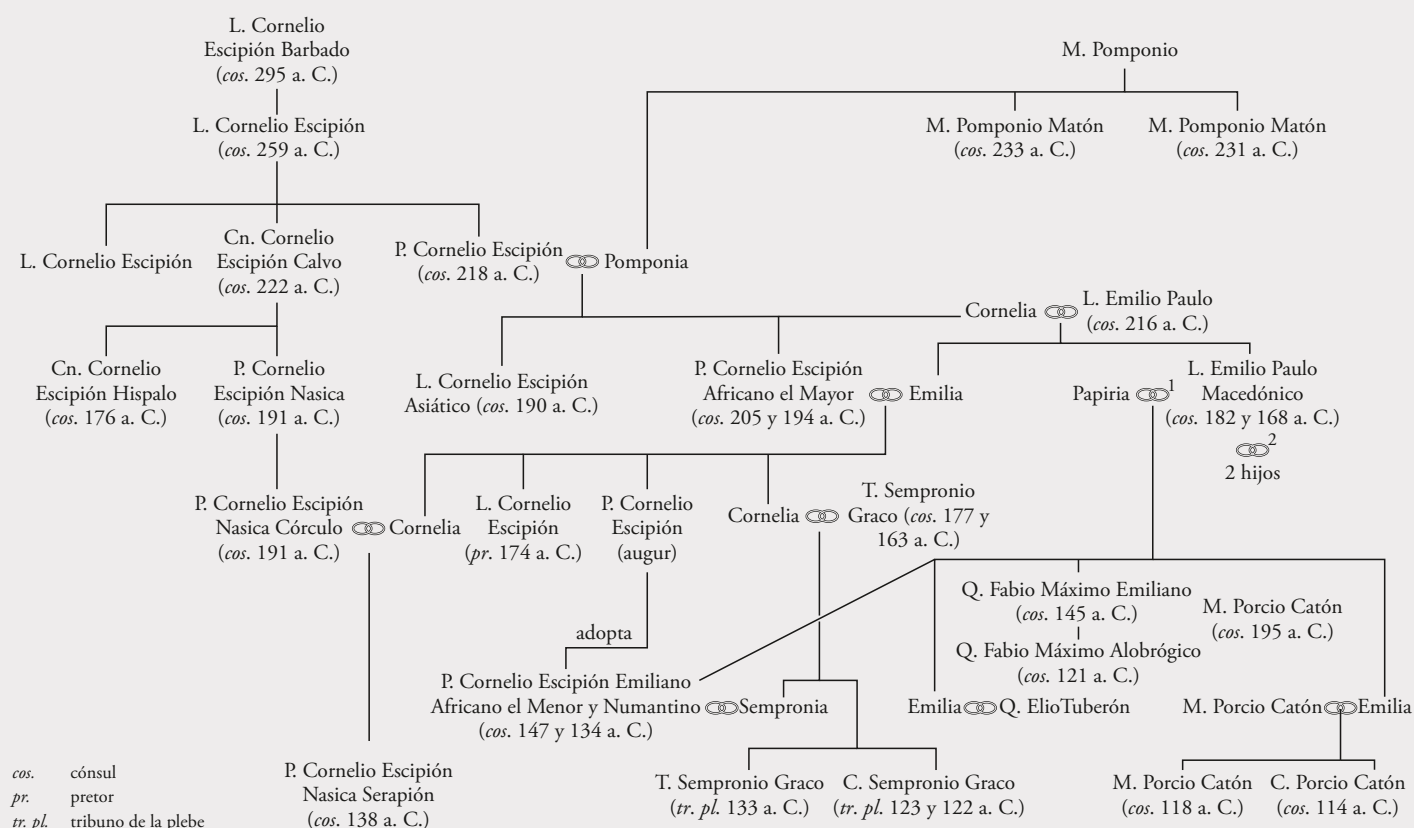
determinados a los que, año tras año, se enviaba a un magistrado con su correspondiente ejército, poco a poco el término provincia adquirió un sentido geográfico, como el territorio en el que se ejercía la jurisdicción de dicho magistrado, aunque el sentido originario perduró, por lo menos, hasta el final de la República. Ahora bien, el ejército de la República romana era, en teoría, una milicia urbana que se reclutaba anualmente en función de las necesidades militares evaluadas por el Senado. Los encargados de realizar la leva (*dilectus*) eran los magistrados que recibían el mando provincial, cónsules o pretores, de manera que, en teoría de nuevo, el ejército era desmovilizado cada año, el soldado volvía a su situación de campesino, hasta que al año siguiente volvía a ser reclutado en función de las necesidades militares.

Mientras las provincias existentes fueron las de las islas cercanas a Italia esta ficción pudo mantenerse, pero la distancia geográfica de la península ibérica hacía imposible desmovilizar el ejército cada año para volver a reclutar otro al año siguiente. De esta manera, los años de servicio militar continuado se convirtieron en algo normal en relación con las largas guerras de Hispania contra los celtíberos y los lusitanos, superando a veces el máximo de dieciséis años contemplado para el servicio militar activo. A largo plazo este hecho planteó, además del descontento de quienes veían impedido su regreso al hogar, graves problemas demográficos y militares que se dejaron sentir de manera cada vez más aguda a lo largo de la vida de Emiliano. Estos problemas subyacen en las tensiones que generó la reforma agraria de Tiberio Graco y el estallido de violencia contra su persona que abre la crisis de la República romana.

Un aspecto muy debatido por la historiografía actual es hasta qué punto las elecciones y las votaciones de las leyes en los comicios estaban condicionados por las obediencias clientelares o no. Es decir, ¿la persuasión del orador y los intereses de la multitud podían hacer que cambiase el sentido del voto popular? ¿Hasta qué punto había margen en las asambleas para que los individuos votasen de una manera libre, convencidos por los oradores? La cuestión tiene que ver, entre otras, con la figura de Escipión Emiliano, pues, como veremos, en distintos momentos Emiliano logró vencer la oposición de la mayoría del Senado recurriendo a su atracción sobre los votantes y al voto popular, que votaron teóricamente de manera distinta a como hubieran querido sus patronos senatoriales. El caso de Emiliano no es el único en el siglo II a. C., aunque sí uno de los mejor documentados. De hecho, podemos ver cómo en

Los Cornelios Escipiones

Cuadro genealógico



la segunda mitad de la centuria aparecen distintos líderes políticos, a los que se califica de *populares*, que para conseguir sus objetivos no recurrieron solamente a las influencias clientelares tradicionales sino a su atractivo personal, a su oratoria y a su desprecio por los comportamientos políticos proverbiales.

La base de este sistema de la República romana estaba fundamentada en una ética de la *aemulatio* entre las distintas familias nobles de las que salían los candidatos a las magistraturas, cuyo desempeño proporcionaba el incremento de la *laus* y la *gloria* tanto de sus propias personas como de sus familias. *Aemulatio* significaba competencia y esta suponía discordia y, por tanto, enemistad, *inimicitia*. La competencia aristocrática se desarrollaba, pues, en el marco de las relaciones de *amicitia* e *inimicitia*, que eran componentes

fundamentales de las relaciones políticas dentro de la República romana. La reputación de haber sido perseguido por *inimicitiae* y haber salido airoso era una constatación vital para un político romano que deseaba ser alguien influyente, puesto que había una gran admiración y respeto por los hombres que luchaban y destruían a sus oponentes. Estas rivalidades podían ser dañinas para el interés general del Estado, pero durante los siglos centrales de la República el consenso dentro de la clase gobernante mantuvo un equilibrio entre el interés público y la ambición personal. Las condiciones políticas del último siglo republicano, sin embargo, erosionaron la influencia de aquellos valores e instituciones que habían trabajado tradicionalmente para restringir las *inimicitiae* que traicionaban el interés general.

CAPÍTULO 2

LOS AÑOS INICIALES

Emiliano era el segundo hijo de Lucio Emilio Paulo – hijo a su vez del cónsul muerto en la batalla de Cannas–, quien fue dos veces cónsul: en 182 y en 168 a. C.; esta segunda ocasión fue el vencedor del rey Perseo de Macedonia y el individuo que puso fin a la primera monarquía helenística en caer y directa sucesora de Alejandro Magno. Además, Paulo fue censor en 164 a. C. y augur desde el 192 a. C. De esta manera, Escipión pertenecía a dos antiguas *gentes* patricias, los *Aemilii* por su padre y los *Papirii* por su madre, Papiria, hija del cónsul Cayo Papirio Masón, conquistador de Córcega, quien fue el primer magistrado en celebrar un triunfo no oficial en el monte Albano.

En un momento desconocido Paulo dio en adopción sus dos hijos varones a dos familias tan prestigiosas como la suya: los Cornelios Escipiones y los Fabios Máximos. De esta manera, de acuerdo con las leyes de adopción romanas, ambos adoptados tomaron los *praenomina* y *nomina* de sus adoptantes y formaron un nuevo *cognomen* o apodo que recordaba su ascendencia consanguínea, convirtiéndose respectivamente en *Publius Cornelius Scipio Aemilianus* y *Quintus Fabius Maximus Aemilianus*. Aunque entraron a formar parte legalmente de dos familias diferentes, ambos hermanos conservaron siempre una estrecha conexión, y, cuando Escipión Emiliano hubo de elegir un lugarteniente de confianza para la guerra de Numancia, eligió a su hermano carnal, Fabio Máximo Emiliano.

El padre adoptivo de Emiliano era Publio Cornelio Escipión, llamado «el augur» porque, siendo hijo de Escipión Africano el Mayor, el vencedor de Aníbal, no pudo recorrer la carrera de las magistraturas por una deficiencia física que le impedía el ejercicio de las armas; pero en cambio desempeñó el augurado, que era uno de los sacerdocios más prestigiosos de Roma, supuestamente instituido por el segundo rey de la ciudad, Numa Pompilio, aunque ya el fundador de la misma, Rómulo, había utilizado las técnicas augurales (*auspicium*, *avis-*

picium) para determinar el lugar de fundación de la ciudad. Estas adopciones eran normales entre las familias aristocráticas romanas, como un medio de incrementar sus alianzas y extender su influencia. La adopción debió producirse probablemente después de 179 y antes de 168 a. C., cuando murieron dos hijos de un segundo matrimonio de Paulo que vivieron pocos años. Todas las referencias a Fabio Máximo y a Escipión en el año 168 o después presuponen que, para esa fecha, ambos habían sido ya adoptados.

De esta manera, el árbol genealógico de Escipión se volvió extraordinariamente complejo. Emilia, la esposa de su abuelo adoptivo, Africano el Mayor, era la hermana de Emilio Paulo, de manera que su abuela adoptiva era su tía consanguínea; y los hijos del Africano, por adopción su padre y sus tíos, eran sus primos consanguíneos. La mayor de las hijas del Africano, Cornelia, casó con Publio Cornelio Escipión Nasica Córculo, y la menor, otra Cornelia, con Tiberio Sempronio Graco, cónsul en 177 y 162 a. C. y padre de los tribunos de los años 133 y 123 a. C. y de Sempronio, que a su vez se casó con el propio Emiliano. Paulo a su vez tuvo sus propias hijas, una de las cuales casó con Marco Porcio Catón, el hijo mayor de Catón el Censor, y otra con Quinto Elio Tuberón. Otros dos hijos varones habidos por Paulo de un segundo matrimonio, como hemos dicho, murieron muy jóvenes, en el año 168 a. C., sin dejar descendencia.

Por tanto, Emiliano tenía vínculos familiares, de consanguineidad o de adopción, con un número significativo de las principales familias de la aristocracia romana: los Emilios, los Papirios, los Cornelios Escipiones y Nasicas, los Sempronios, los Porcios, los Elios y los Fabios Máximos. Pero, sobre todo, contaba con un ancestro enormemente prestigioso: Escipión Africano el Mayor, vencedor de Aníbal y de Cartago en la Segunda Guerra Púnica. El peso de una herencia semejante puede constituir un incentivo moral y político, pero, igualmente, puede ser un peso aplastante.

CAPÍTULO 3

LAS GUERRAS EN HISPANIA (153-147 A. C.) Y EL TRIBUNADO MILITAR

Es necesario tener en cuenta que cuestores, pretores y cónsules eran magistrados *cum imperio*, a diferencia de otros magistrados como ediles, tribunos de la plebe o censores que tenían la *potestas*, lo que podríamos traducir como poder civil, pero no el *imperium* o mando militar. En todo caso el *imperium* de un magistrado de rango menor estaba subordinado al de rango mayor, es decir, el del cuestor al del pretor y el de éste al del cónsul. Se esperaba de estos magistrados, especialmente si recibían el gobierno de una provincia, que hicie-

el consulado, no es menos cierto que durante este mismo periodo las guerras en la península ibérica fueron vistas como guerras de menor importancia que las de Grecia o las de Asia, que son aquellas a las que se destinaron algunos de los miembros de las parejas consulares durante este mismo periodo. En efecto, podemos ver en el Apéndice II, que uno o ambos miembros de las parejas consulares elegidas entre los años 197 y 167 a. C. fueron destinados a dichos territorios, pero no a Hispania, con la excepción de Catón en 195 a. C., lo cual nos permite su-

poner que aquellas eran vistas como guerras de mayor importancia que esta última. Dicho de otra manera: era importante obtener una pretura en Hispania porque la guerra continuaba permitiendo abrigar esperanzas de una actividad militar victoriosa, y a continuación, obtenido el prestigio militar, se podía obtener la máxima magistratura, el consulado; pero a los cónsules durante este periodo no se les encomendaban las guerras en Hispania,

El avance romano en Hispania

201-154 a. C.



ran la guerra, y que la hicieran con éxito. La guerra, en Hispania en particular, se convertía en una fuente de riquezas, pero también de prestigio político. El éxito militar, especialmente si llevaba aparejado la concesión del *triumphus* por el Senado, proporcionaba el prestigio necesario para ser elegido en años sucesivos para las magistraturas más altas. J. S. Richardson ha demostrado que, durante el periodo 197-167 a. C., más del 70% de los pretores que celebraron un triunfo *ex Hispania*, ganaron las elecciones consulares del año siguiente.

No obstante, si bien es cierto que entre los años 197 y 167 a. C. un gran número de los individuos que desempeñaron la pretura en las provincias hispanas con éxito – lo que significaba la victoria – alcanzaron al año siguiente

sino las guerras en el Oriente helenístico o la defensa de Italia frente a los galos.

Si tenemos en cuenta este criterio, es decir, la importancia de las diferentes guerras en función del mayor o menor rango de las magistraturas encargadas de dirigir las, se constata que la guerra en Hispania obtuvo la máxima prioridad hacia mediados del siglo II a. C., cuando la Citerior fue provincia consular ininterrumpidamente entre los años 153 y 133 a. C., con motivo de la guerra contra los celtíberos. Durante este mismo tiempo, la otra provincia, la Hispania Ulterior, solo fue consular en contadas ocasiones, lo que parece indicar que para el Senado romano la gravedad y la importancia de esta guerra era menor.

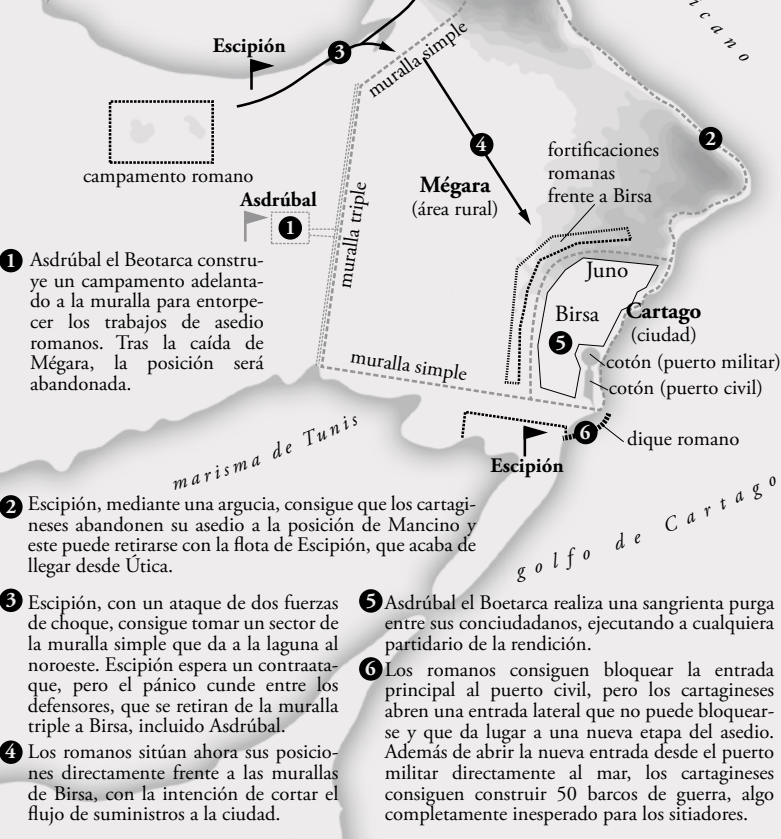
CAPÍTULO 4

DELEND EST CARTHAGO

Las opiniones acerca de las causas reales de la declaración de la Tercera Guerra Púnica y la subsiguiente destrucción de Cartago han sido muy diversas, sin que exista en la actualidad un consenso entre los historiadores. Astin señala el miedo como factor principal: miedo a una Cartago cuya economía ha resurgido y que se ha rearmado; miedo al pueblo cartaginés, que ha dado muestras de autoafirmación e independencia con respecto a Roma; y miedo a una ciudad que tiene razones para odiar a Roma. Astin considera que las condiciones de paz enunciadas por los romanos en 149 a. C., y que garantizaban la autonomía y libertad de Cartago, serían una muestra de la moderación pretendida por Nasica; sin embargo, el progresivo endurecimiento de las demandas parece mostrar un plan deliberado y dilatorio de llevar a los cartagineses a un callejón sin salida. Livio afirma que Catón era tenido por «por el hombre más sabio de la ciudad», y que Nasica era «considerado también el mejor por el Senado»; es posible que esta contraposición señale dos posturas diferentes, una entre la plebe, partidaria de la guerra por la esperanza de botín y de riquezas, y otra entre en Senado, más circunspecto en este sentido.

La posición de Escipión, un senador todavía joven y sin una larga carrera militar, en este debate era ambigua, ya que tenía lazos de parentesco con ambos líderes, Catón y Nasica. Hay que recordar que solo un año antes Catón había actuado para retener a Polibio en Roma a instancias de Emilio, que por tanto le debía este favor; pero, además, una guerra de estas características ofrecía a un militar joven y ambicioso la oportunidad de obtener una gloria sin precedentes, sobre todo si, contra todo pronóstico y contra las leyes, conseguía ser elegido para el consulado. Debe considerarse, además, que a lo largo de su vida Escipión dio muestras de practicar una política de gran dureza contra los enemigos, como sucedería posteriormente en el caso de la guerra numantina, y que es poco probable que el pueblo lo hubiera elegido para el consulado del 147 a. C., si durante las deliberaciones del

El asedio de Escipión 147-146 a. C.



El asedio romano iniciado por Manilio es, en términos generales, un fracaso. Los ataques romanos al oeste y el sur de la muralla son rechazados, y el campamento romano al sur de la muralla simple tiene que ser abandonado por la mala salubridad del lugar. Los reemplazos de Manilio y Censorino, Pisón y Mancino, no llevan a cabo ninguna acción significativa en el año consular de 148-147 a. C.

- 1 Asdrúbal el Beotarca construye un campamento adelantado a la muralla para entorpecer los trabajos de asedio romanos. Tras la caída de Mégara, la posición será abandonada.
- 2 Escipión, mediante una argucia, consigue que los cartagineses abandonen su asedio a la posición de Mancino y este puede retirarse con la flota de Escipión, que acaba de llegar desde Útica.
- 3 Escipión, con un ataque de dos fuerzas de choque, consigue tomar un sector de la muralla simple que da a la laguna al noroeste. Escipión espera un contraataque, pero el pánico cunde entre los defensores, que se retiran de la muralla triple a Birsa, incluido Asdrúbal.
- 4 Los romanos sitúan ahora sus posiciones directamente frente a las murallas de Birsa, con la intención de cortar el flujo de suministros a la ciudad.
- 5 Asdrúbal el Beotarca realiza una sangrienta purga entre sus conciudadanos, ejecutando a cualquiera partidario de la rendición.
- 6 Los romanos consiguen bloquear la entrada principal al puerto civil, pero los cartagineses abren una entrada lateral que no puede bloquearse y que da lugar a una nueva etapa del asedio. Además de abrir la nueva entrada desde el puerto militar directamente al mar, los cartagineses consiguen construir 50 barcos de guerra, algo completamente inesperado para los sitiadores.

Senado de dos años antes se hubiera alineado con la posición de Nasica. La decisión de emprender la guerra se tomó, sin duda, en una sesión secreta del Senado; si Escipión se hallaba presente en ella, porque hubiese regresado ya de Hispania, o no, es imposible de saber. Pero en todo caso, como mostraron los acontecimientos posteriores, su actitud política coincidía con la de Catón.

CAPÍTULO 5

DEL CONSULADO A LA CENSURA (146-141 A. C.)

La importancia de un líder político se medía en Roma por el número y la importancia de sus *inimici* y, desde este punto de vista, el liderazgo de Escipión queda atestiguado por una larga lista de enemigos con una influencia política de primera magnitud. El principal de ellos era probablemente Apio Claudio Pulcher, cónsul en 143 a. C., patricio, de la misma edad que Emiliano y semejante a él en abolengo familiar, ambición, determinación y capacidad oratoria. Probablemente la enemistad se fraguó con motivo de la competencia de ambos por la censura en el año 142 a. C., en la cual Claudio resultó derrotado. En el siguiente censo, para el cual fue elegido, se tomó la revancha nombrándose a sí mismo como *princeps senatus* en perjuicio de Emiliano, y se le cita como especialmente opuesto a él en los años siguientes a 133 a. C. por su colaboración con el proyecto de reforma agraria de los Gracos.

Otra enemistad contrastada es la de Servio Sulpicio Galba, quien todavía en su juventud atacó al padre de Emiliano, Emilio Paulo, y en 144 a. C. fue objeto, junto con su colega en el consulado, de la ironía insultante de Escipión, que consiguió que no se le asignara el gobierno de la Hispania Ulterior –y de la guerra contra Viriato–, en beneficio de la prórroga de Fabio Máximo Emiliano. De la misma manera, Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cuyo consulado en 148 a. C. fue poco exitoso en la guerra contra Cartago, no debía de estar en buenas relaciones con Escipión, que en varias ocasiones demostró su incompetencia y fracaso. Existía también una enemistad declarada entre Escipión y los Hostilios Mancinos. Uno de ellos, Lucio, debió ofenderle al pregonar durante su campaña al consulado para el 145 a. C. que era él, y no Escipión, quien había entrado por primera vez en Cartago. La desavenencia con este se extendió a su primo, o quizá hermano Cayo, quien durante su consulado en 137 a. C. se vio obligado a firmar una paz con los celtíberos que fue desautorizada en el Senado en gran medida por la influencia de Emiliano.

En otras ocasiones las pruebas de enemistad son más indirectas. Así, podemos suponer una mala relación entre Emiliano y los Postumios Albinos porque Aulo, cónsul en 151 a. C., es ridiculizado violentamente por Polibio, algo que no hubiera hecho si hubiera sido su amigo. El poeta Lucilio, unido a Emiliano estrechamente, en varias ocasiones se burló de los Postumios, lo que refuerza la suposición anterior. Lucilio también atacó en varias ocasiones a un patricio de gran influencia, Lucio Cornelio Léntulo Lupo, cónsul en 156 a. C., censor

en 147 y *princeps senatus* desde 130 a. C., por lo que podemos suponer que se hallaba igualmente enfrentado a Emiliano.

Finalmente, hemos de tener en cuenta otras *inimicitiae*, surgidas con el paso del tiempo, motivadas por la competencia por objetivos comunes o por el desacuerdo acerca de alguna decisión. Entre estas –que probablemente resultaron ser tan importantes o más que las que venían de inicio porque evidenciaban las limitaciones de Escipión para actuar como líder de un grupo político estable, en parte por sus propias características personales–, están las desavenencias surgidas con Quinto Pompeyo, Quinto Cecilio Metelo Macedónico, y, muy particularmente, Tiberio y Cayo Sempronio Graco, con quienes se podría suponer una sintonía política inicial dado el matrimonio de Escipión con su hermana, pero cuyas relaciones se agriaron ya antes del tribunal de Tiberio en el año 133 a. C.

La censura de Escipión Emiliano y Mumio en el año 142 a. C. resultó ser conflictiva por la oposición existente entre ambos colegas. Mumio se mostró como un competidor importante por lo que se refería a la licitación de las obras públicas, afrontando la tarea de reparar los edificios existentes o construir nuevos proyectos edilicios; Cicerón menciona uno de tales contratos, referente al arriendo de unas fábricas de pez a una *societas publicanorum* hecho por ambos durante su censura. Pero gran parte de la actividad de Mumio en este sentido debió de consistir en ornar Roma con las estatuas, pinturas y tesoros traídos de Corinto, que fueron distribuidos por los santuarios de la ciudad, por las otras ciudades de Italia e, incluso en las provincias, como atestigua la dedicatoria, probablemente de una estatua, hallada en Itálica. Dotó al Capitolio de su primer techo dorado y algunos edificios resultaron embellecidos de manera tan notable que recibieron el nombre de *aedificia Mummiana*. La realización más importante, sin embargo, fue la dedicación del templo de Hércules Victor, en el monte Celio, que debió votar con motivo de su triunfo en 146 a. C. y que probablemente fue concluido durante su censura. Naturalmente, todas estas donaciones fueron debidamente provistas de inscripciones que recordaban el nombre del donante.

No se debe subestimar sin embargo la actividad edilicia de Escipión que, a diferencia de la de Mumio, tuvo un marcado carácter «dinástico» o familiar. Gran parte de las realizaciones de Escipión se concentraron en el área del Foro Boario y sus inmediaciones. Uno de

Reverso de denario acuñado en el año 60 a. C por Lucio Casio Longino y que representa a un ciudadano romano en el momento de ejercer su derecho al voto. © CNG

los mayores proyectos debió ser la finalización del puente Emilio, comenzado en 179 a. C. por el censor Marco Emilio Lépido, perteneciente por tanto a la misma *gens* que el padre carnal de Escipión Emiliano. Adyacentes a él se hallaba un complejo de almacenes, denominados *horrea Aemiliana* en la época imperial, que probablemente fueron construidos por Escipión Emiliano durante su censura, como complemento de las dependencias portuarias primitivas de la ciudad, que daban servicio tanto al Foro Boario como al Foro Holitorio.

El edificio más venerable del Foro Boario era sin duda el *Ara Maxima* de Hércules Invicto, sede de un culto instituido, según el mito, por el propio héroe antes de la fundación de la ciudad, cuya situación puede establecerse gracias a las inscripciones dejadas anualmente por los pretores bajo la iglesia de Santa María en Cosmedin y que debe identificarse probablemente con el gran núcleo de tufo del Aniene en el que se excavó la cripta de la iglesia. El monumento fue re-



construido en su aspecto actual a mediados del siglo II a. C., probablemente por los censores del año 142 a. C. A menos de cincuenta metros al nordeste del Ara Máxima, Escipión hizo levantar la *aedes Aemiliana Herculis*, un edificio circular períptero de orden toscano decorado con pinturas de Pacuvio, un pintor y poeta de Brundisio que trabajó en Roma en la época de Escipión y que era pariente de otro poeta, Ennio, igualmente vinculado a Emiliano. El edificio fue demolido en época de Sixto IV (1471-1484), pero antes de ello Baltasar Peruzzi pudo realizar un dibujo que se conserva en los Archivos Vaticanos. La estatua de bronce de Hércules joven que se halla actualmente en el Museo de los Conservadores, descubierta bajo el mismo pontificado en las proximidades de este templo, que es obra del siglo II a. C., se ha propuesto que sea la estatua de culto encargada por Escipión Emiliano. Es probable, también, que la erección del templo a *Virtus* prometido por Escipión tras la destrucción de Cartago se concluyera en este momento.

CAPÍTULO 8

AFRICANUS Y NUMANTINUS

Todas las fuentes históricas insisten en el hecho de que Escipión arrasó Numancia por iniciativa propia, sin esperar ninguna orden del Senado. Esta decisión unilateral de Emiliano creemos que puede explicarse a partir de dos motivos. Por una parte, la ideología propiamente romana de la fama y de la gloria, que impulsaba a los miembros de la aristocracia a emular, e incluso superar, las acciones de sus mayores; y, por otra parte, como expusimos al referirnos a la destrucción de Cartago, la ideología helenística de los soberanos y grandes hombres no solo como fundadores, sino también como deladores de ciudades.

Aparte de ello, hay grandes diferencias también entre los casos de Cartago y de Numancia. La más significativa es que el suelo de Cartago fue declarado *sacer*, su tierra sembrada de sal, y no se volvió a ocupar hasta la fundación de una colonia por parte de César. Por el contrario, las fuentes no nos dicen nada de esto acerca de Numancia, solo que Emiliano la arrasó hasta los cimientos y que repartió su territorio entre los pueblos vecinos. Esta medida recuerda extraordinariamente lo realizado también tras la destrucción de Cartago por el propio Emiliano, parte de cuyo territorio se repartió entre otras ciudades púnicas que habían apoyado a los romanos, como Útica, Cirta o Hadrumeto. E igualmente recuerda lo realizado por su padre tras la batalla de Pidna, que dividió el territorio de Macedonia entre cuatro repúblicas diferentes. Hay que desconfiar sin embargo de estos pretendidos arrasamientos de las fuentes literarias. También se dice de Tiermes a raíz del ataque de Tito Didio durante su proconsulado entre 97 y 93 a. C. y, sin embargo, sabemos que incluso la acrópolis continuó habitada entre esta fecha y la época alto imperial. La evidencia arqueológica de Numancia parece mostrar que, efectivamente, tras el año 133 a. C. continuó existiendo un poblamiento residual que enlaza con la refección de la ciudad en época augústea o tiberiana.

En la actuación de Emiliano, además, también debió influir el cálculo político y no debemos ver la destrucción de Numancia solo como un acto de venganza

irreflexiva. Numancia había actuado hasta el final de la guerra como un referente de la resistencia celtibérica y hasta el último año distintos *populi* (las fuentes, desgraciadamente no nos dicen cuáles) habían hecho llegar armas y víveres a la ciudad cuyo flujo fue interceptado por la circunvalación que realizó Emiliano, que además cortó el Duero. En el momento de caer, sin embargo, la ciudad estaba agotada económicamente y del botín conseguido Escipión no pudo repartir más que siete denarios a cada legionario, como mencionamos. El hecho de mantener intacta la ciudad, pues, no aportaba una ventaja económica al general romano y dejaba permanecer un símbolo; y con su destrucción tampoco perdía nada, a la par que eliminaba un peligroso factor de cohesión indígena.

Además, hay otro factor que creemos debe ser tenido en cuenta y que es la implicación familiar de los Escipiones en la guerra contra los celtíberos. Como hemos visto anteriormente al hablar de los primeros contactos entre los romanos y los celtíberos, según Tito Livio la muerte de Cneo y Publio Escipión durante la Segunda Guerra Púnica se habría debido a la defección de los mercenarios celtibéricos, sobornados por los cartagineses. La veracidad de lo que narra Livio es escasa: resulta poco probable que los celtíberos formaran parte de ningún ejército, ni romano ni cartaginés, en una fecha tan temprana. Cuando Polibio refiere las tropas con que Aníbal, en 218 a. C., pasó de Hispania a Italia, no menciona a los celtíberos en absoluto y, desde luego, los pueblos más septentrionales que figuraban en su ejército eran los oretanos y los olcades. Cabe la posibilidad de que las fuentes de Tito Livio se refirieran genéricamente con el nombre de celtíberos a pueblos del interior de la Meseta; pero en todo caso, sorprende que ninguna otra fuente haga referencia a dicha traición. Apiano, que en este sentido debe seguir una versión diferente a la de la analística y Livio, probablemente a Polibio, no menciona a los celtíberos para nada, sino que atribuye la derrota y muerte de los Escipiones al aumento de los efectivos cartagineses en la península, después de que estos hicieran la paz con Sifax.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

